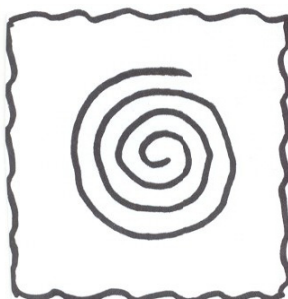


KELPIE, LA DAMA DEL AMANECER
(Y de Alaia, la Trilliza)



Memorias Olvidadas
Darka Treake

KELPIE, LA DAMA DEL AMANECER
(Y de Alaia, la Trilliza)



Memorias Olvidadas
Darka Treake

Título: *Kelpie, la Dama del Amanecer (Y de Alaia, la Trilliza)*.

 2006, Darka Treake.

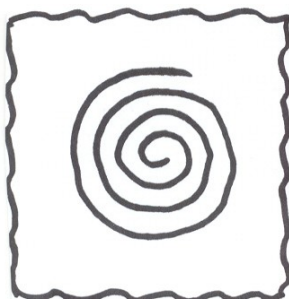
Escrito entre La Laguna, Tenerife, y Palma de Mallorca, entre octubre de 2005 y mayo de 2006.

Corregido en Palma de Mallorca en agosto de 2009.

www.modt.net

Esta obra está inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual, por medio de la plataforma SafeCreative, y protegido con una licencia Creative Commons, que permite su copia y distribución, reconociendo siempre la autoría del trabajo. De ningún modo están permitidos el uso comercial y/o modificación de la misma.

KELPIE, LA DAMA DEL AMANECER
(Y de Alaia, la Trilliza)



Memorias Olvidadas
Darka Treake

Notas del autor

*“Cierra los ojos y te llevaré
donde los sueños se hacen canción.
La vida duele, te curaré.
Duérmete y sueña, te acuna mi voz.”*

Este cuento empezó a gestarse cuando Mi Mundo comenzaba a ser lo que ahora es. Todo comenzó para una partida de rol sobre los Caballeros Elegidos de Golöel y la Leyenda, y cuando supe sobre las Trillizas, Kelpie fue el punto de unión en la historia.

He de admitir que el personaje de Kelpie, la Dama del Amanecer, está extraído de la canción de Mägo de Oz que lleva su nombre.

Me encontraba yo en pleno viaje, sentado frente a mi ordenador escribiendo, y escuchándolos, como tantas veces hago, y entonces lo vi todo claro. Ella se había encontrado con Belean, el héroe de los hombres, habían hecho el amor apasionadamente y éste le había contado su secreto.

Ella, como en su canción, se había pasado el resto de su vida desechada, esperándolo.

Más tarde, su nieta le robaría a Belean, ya siendo Rey, a Alaia, la Trilliza.

Así, los Caballeros Elegidos de Golöel tendrían que dirigirse a Kelpie, ya muerta sin saberlo, para conseguir a Alaia y averiguar el secreto, tan bien guardado hasta entonces...

El cuento de Kelpie es un relato que habla de lo ocurrido a lo largo de cinco diferentes noches, y su trascendencia es tal, que llegaría a cambiar el transcurso de la historia de todo un mundo...

El personaje de Kelpie, como dije, está extraído de una canción de Mägo de Oz, ellos me la mostraron. Ella fue una bonita muchacha corriente hasta que se enamoró del Héroe Belean. Tan sólo estuvieron juntos en una ocasión, pero las consecuencias de tal encuentro llevaron a grandiosos cambios...

Este cuento, si me lo permitís, es todo un tributo a Mägo de Oz, mi Mago, pues no sólo me ha mostrado a Kelpie, sino a muchos otros personajes de *Mi Mundo*, de los cuales no es oportuno hablar ahora. Con ellos he compartido los viajes a *Mi Mundo*, siendo un acompañante ignorante en ese lugar de mi imaginación, y por eso, este cuento es para ellos.

Kelpie llegó hasta mí hace algunos años ya, gracias a un buen amigo, pero fue alrededor del año dos mil tres cuando descubrí que era un personaje relevante. Desde entonces guardé la idea, hasta ahora, cuando he escrito su cuento, entre los meses de octubre de dos mil cinco y mayo de dos mil seis, principalmente en *La Laguna*,

Tenerife. Una excepción a lo anterior son el Prólogo II, que fue escrito en dos mil cuatro, y parte del capítulo III, *Una noche de difuntos*, ambos escritos en Palma de Mallorca.

Por fin, *Kelpie, la Dama del Amanecer (Y de Alaia, la Trilliza)*, ha sido editado en Palma de Mallorca en septiembre de dos mil nueve.

Debo añadir que en este cuento no será relatado el lugar donde acontecieron la mayoría de los hechos, pues tal información podría ser en exceso peligrosa en manos de aquellos que siguen el credo de *La Leyenda de Golöel*, que dice que algún día el Demonio Resentido sería liberado de sus ataduras en el interior de la Gran Roca. Pero eso ya forma parte de otro cuento.

Todas las citas que en este cuento aparecen pertenecen a diferentes temas de Mägo de Oz, en concreto a las canciones *La Cantata del Diablo*, *El Cantar de la Luna Oscura*, *Réquiem*, *La venganza de Gaia*, *La Dama del Amanecer (Kelpie)*, *El Árbol de la Noche Triste*, *Es hora de marchar*, *El Paseo de los Tristes* y *Hoy toca ser feliz*.

Además, al final del cuento os presento, a modo de epílogo, la letra completa de la canción *La Dama del Amanecer (Kelpie)*.

Es importante para mí señalar la aparición en este cuento de algunos personajes que, además de haberse encontrado en Mi Mundo, forman o han formado parte en algún momento de mi entorno real. A todos los tengo

gran aprecio en mayor o menor medida: Allegra Libonatti; el indigente que canta borracho fuera de la taberna; Mamaollo y el Árbol de la Noche Triste, con especial cariño para los dos últimos. Para ellos es también este cuento.

Darka Treake

*"Te escribo estas líneas en papel,
espero que donde estés
el correo llegue bien."*

Este cuento es especialmente para mi Mago,
quien me trajo a Kelpie la primera vez.

Además, es para el Árbol de la Noche Triste,
y para su hada, Mamaollo,
quienes aun hoy se esmeran en cuidarme.

Pero sobre todo y ante todo, es para Kelpie,
en quien está inspirado y quien me sirvió de inspiración
para comenzar a escribirlo.

Que aquí, para siempre, sea recordada...

"Lo llevaré siempre conmigo.
Te lo juro, te lo prometo..."

**(Kelpie, noche del veinticuatro de noviembre
de mil doscientos ochenta y cuatro)**

Prefacio

Nuestra historia comienza en el inevitable momento en que otra, mucho mas grandiosa, debería terminar...

Ronda el año 1284, y la Guerra de la Roca viene durando los 25 largos años en que siete Demonios Resentidos han devastado el viejo continente, dispuestos a devorar el mundo entero.

Tras mucho luchar y sufrir, las alianzas de hombres, elfos y enanos han terminado con la amenaza que se cernía.

Precisamente el día en que comienza este cuento, el último de los Demonios Resentidos ha caído. Golöel, el más poderoso de todos ellos, lucha a muerte con el Héroe Belean, y al final es derrotado.

El demonio, desde el suelo, le amenaza con duras palabras, pero el guerrero, jactándose con la victoria, las obvia y las olvida.

Aquí comienza nuestro cuento, cuando el terrible demonio ha sido hecho preso en el interior de una roca, y allí permanecerá atado por una poderosa magia.

Tarde o temprano nacería la Leyenda de Golöel...

Prólogo a Kelpie, la Dama del Amanecer

*“De olvido vive y de olvido muere,
como planta en jardín olvidado.”*

Prólogo I

Por toda la plaza resonaron las campanadas desde allá a lo alto, anunciando las once de la noche. En aquel momento, tenebroso, nadie andaba por la plaza del pequeño pueblo, salvo una persona extraña, extranjera. Vestía una gabardina marrón que caía, arrastrada por la fría brisa nocturna, hasta mostrar unas pesadas botas de piel, de la mejor calidad. El cuello de la prenda se elevaba atrevido hasta toparse con el gran sombrero de ala ancha, y en lo alto, una pluma negra izada. Una oscuridad impenetrable ocultaba ese rostro cansado, bien curtido.

Aquella persona extranjera caminó con paso firme cruzando la plaza solitaria, sin estremecerse al oír las campanadas. Desde alguna parte de la plaza alguien observaba con ojos curiosos, pero no le importó, y continuó hasta un gran tablón situado en el centro, junto a un gran

pozo negro. Se detuvo en seco frente a los carteles que allí colgaban y arrancó uno con decisión: Rostros de desaparecidos, víctimas de la incertidumbre, padres, hijos, todos añorados... Se guardó el cartel con el dibujo, se dio la vuelta y anduvo en silencio hasta perderse por una callejuela oscura...

Prólogo II
(Adaptación de “*La Maldición de los Hombres*”)

Al final de la Gran Guerra de la Roca, un Rey de los hombres, uno de los más majestuosos que ha habido, luchó contra Golöel, derrotándolo. Así, los ejércitos del mundo lograron atar al demonio con la Runa en el interior de la Gran Roca, y la ocultaron. Pero en el último aliento del demonio, arrastrándose desde el suelo, elevó un brazo y maldijo a su verdugo señalándole, aun sin ni siquiera mirarle.

Un pariente tuyo, alguien de tu directo linaje, será quien me libere de mi jaula. Allá donde quiera que me atéis, él me encontrará y me adorará...

Sus últimas palabras hablaron de dolor y traición, pero el Rey de los Hombres, embriagado ya con la victoria, las obvió, olvidándolas en el tiempo... Mucho tiempo después, nacieron dos niños gemelos, idénticos salvo por

una minúscula diferencia, uno se convertiría en un gran Rey de los hombres, y el otro sería uno de los Caballeros Elegidos de Golöel. Los dos guerreros se enfrentarían dos veces, siendo en la segunda en la que uno de ellos murió a manos del otro.

El primer encuentro fue poco antes de que comenzara la Segunda de las Guerras de la Luna, y el segundo ocurrió cuando esta guerra ya tocaba su fin...

La Maldición del Rey de los Hombres persiguió a todos los miembros de su linaje, encontrando hasta la última gota de su sangre, y terminando por desatarse cuando dos hermanos gemelos quisieron disputarse su trono: Aquél que reuniera las dos Espadas Gemelas del Rey Reconquistador de Himn y las devolviera a su Reino, sería único merecedor del trono.

Ambos hermanos se marcharon por largo tiempo, y al regresar el primero de ellos, con las manos vacías, tan sólo dijo que su hermano había muerto y que las espadas ya no existían...

Entonces fue nombrado legítimo Rey de Himn, y coronado con la Corona Radiante, una reliquia de familia con la que tantos Reyes habían sido coronados antes... Y así, siendo ya el Rey de Himn, volvió a marcharse, esta vez habiendo reunido un ejército, y se encaminó hacia la Guerra, que aunque quedaba lejos de su Reino, decía sentirse en la obligación de participar...

I
El secreto del héroe Belean

24 de noviembre de 1284

*"La memoria de una mujer
son los besos que recibió.
En tus labios yo viviré,
y en tu olvido, yo moriré."*

Esa noche la luna brillaba tan fuerte que ella ni siquiera podía mirarla y ver en su rostro cómo se sentía... Tantas cosas habrían cambiado si las dos hubieran podido hablarse en ese momento, pero no fue así, y el destino siguió discurriendo a su antojo... Desde abajo, del gran salón, venía el griterío en forma de canciones alegres, por fin. Al darse cuenta, la bonita muchacha sonrió. Había tanta gente reunida en la vieja taberna, tantas personalidades de ese tiempo que cambiaba... Habían llegado tiempos mejores. Pensó que la luna estaba sonriendo, ella tenía que saberlo, desde allá arriba todo lo veía, todo lo sabía... Terminó de preparar los lechos de quienes se hospedarían ahí esa noche, aquellos grandes hombres que habían cambiado el mundo ese día, y que ya siempre serían recordados por ello. Lo que no supo en ese momento es que en esa misma cama que terminaba de preparar, ella misma dormiría esa noche, y que de esa

botella de vino sobre la mesita, su último trago lo terminaría ella...

Cuántas cosas estaban a punto de ocurrir...

La muchacha agitó la colcha por última vez y se giró hacia la mesilla, donde una vela roja alumbraba, apagándola de un soplido. Anduvo a la puerta, salió al pasillo y cerró girando tres veces la llave. Allí se oía aun más al gentío y pensó en bajar a ayudar a Johen, el tabernero, dueño del lugar y su jefe. El tipo era un gordo asqueroso que siempre le golpeaba el culo cuando ambos estaban tras la barra sirviendo, aprovechando el jaleo, el muy cerdo. Ella lo detestaba, pero era un empleo y necesitaba el dinero. Refunfuñando, se encaminó al fondo del pasillo y bajó las escaleras que daban al gran salón, donde todo el mundo estaba. En él se reunían las más grandes personalidades de ese tiempo, todos ellos serían recordados en la historia. Aquel mismo día, al fin, la guerra que venía durando más de dos décadas había terminado. Durante todos aquellos años, el viejo continente había sido azotado por la cruel ansia de los Siete Resentidos, poderosos demonios que trataron de devastarlo todo, sin conseguirlo. Por fin. Durante la guerra, fuertes alianzas se labraron entre las grandes razas pobladoras del mundo, que luchando juntas, habían logrado acabar con la amenaza que se cernía. Aquel mismo día todo había terminado y ahí se reunían a festejar.

La Gran Guerra de la Roca la llamaron desde entonces, pues según contaron, el último de los Siete Demonios Resentidos había sido atado con un hechizo en el interior de un gran peñasco de roca. Y allí mismo, en

aquel salón de una taberna en un pueblecito perdido, se reunían todos tras la última batalla. Todos, de mutuo acuerdo, acordaron no revelar jamás dónde estaba la roca en la que el demonio permanecía preso, para con ello evitar que algún día fuese liberado...

Peldaño tras peldaño, ella observó la peculiar escena. La taberna estaba abarrotada. Frente así una muchedumbre apelotonada le cortaba el paso hasta la barra, donde Johen cargaba una bandeja con jarras de su mejor cerveza. Reía asquerosamente, sabiendo la fortuna que haría esa noche, y la muchacha se alegró de no poder llegar hasta él. Antes de terminarse la escalera, tuvo que esquivar a varios hombres borrachos que cantaban y brindaban, después, giró a su izquierda y colándose entre una silla y la esquina de una gran mesa también abarrotada, caminó entre la gente hasta donde comían algunos de los más grandes generales que habían luchado y vencido en aquella última batalla de la guerra. Se acercó tan bonita y radiante que todos la miraron boquiabiertos, ella se limitó a recoger los cuencos vacíos donde habían comido aquel guiso de setas delicioso. Casi le lanzaron una alabanza para agradecerle el servicio, pero permanecieron mudos viéndola trabajar. Era tan bonita... Cogió todos los cuencos con estilo, y se encaminó hacia la barra a dejarlos. A su paso, no pudo evitar sonreír con los galanteos de los hombres, todos embriagados, ya no por los litros de cerveza y vino caliente, sino por la libertad y la victoria. Esa era una noche para festejar. Todos la recordarían. Todos ellos habían sido los héroes de aquella guerra que por fin había

terminado. La hermosa moza pensó que aquella no era una noche para defenderse de los piropos y los pesados borrachos. Era su momento, eran todos unos héroes, ¿qué más que dejarles galantearla?

- Esta guerra la hemos ganado para ti, hermosura...- Dijo uno mientras pasaba a su lado. Ni siquiera le vio, pero no pudo evitar reír ante su voz de borrachillo.

- ¡Mi espada, hundida en mil cuerpos enemigos, es tuya desde ahora, bonita!- Dijo otro, y los de alrededor estallaron, como si hubiera dicho algo muy gracioso. Él se rió también, y a ella hasta le complació.

La música sonaba en la taberna por todos lados. Muchos tocaban instrumentos que habían traído de sus lejanas tierras, otros muchos eran lugareños, y los sonidos se mezclaban entre el folclore del lugar y las melodías extranjeras. Todas las canciones, cada una a su estilo, cada una a su ritmo, hablaban de lo mismo, de alegría, de esperanza, de libertad. Todas se compenetraban, y todos cantaban juntos, por grupos dispersos, pero todos juntos. Todos habían vencido.

Ella anduvo hasta la barra, donde muchos se apiñaban para no dejar de beber ni un segundo.

- Oye, bonita, llévalas a aquellos todo esto.- Johen, el tabernero jefe, grueso y asqueroso, señaló a la mesa donde cenaban los más altos Reyes. Ella miró de soslayo, sólo un instante, y sus ojos se encontraron con los de alguien que allí se sentaba. Fue tan rápido que no pudo saber quién. Sólo vio algo que le había llamado. Unos ojos profundos en los que por un instante se había sumergido.

Por miedo a volver a mirar, se concentró en su tarea. Sobre la barra había todo un suculento manjar, especial para aquella mesa, digno de sus comensales. Un cochinillo recién asado, cuya piel grasienta aun chisporroteaba sobre una bandeja de plata bruñida con cachos de manzanas, cebollas y patatas. Además, había varias jarras del más excelente vino que Johen guardaba en su bodega. Con una sola de ellas vendida, la noche ya le habría salido rentable. Y ahí estaban todos en la taberna, pidiendo, bebiendo y comiendo, engrosando las arcas del sucio Johen. A ella se le revolieron las tripas por un segundo del asco. Al levantar la cabeza, estaba él, riendo a carcajadas, y creyó ver que del labio le caía la baba por la satisfacción. Repugnante...

Tomó la bandeja con el cochinillo, tan caliente que se quemaba, y encaminó sus pasos hacia la mesa que le había sido encargada, tratando de olvidar la visión de su gordo y baboso jefe. Al girarse, volvió a ver la mirada con que antes se había cruzado. Era uno de los hombres que se sentaban en la gran mesa. Tan sólo había tres, aquellos tres que habían dirigido y comandado a las tres razas durante la terrible guerra. El dueño de la profunda mirada se sentaba a la izquierda. El del medio parecía el más importante. Era un viejo enano cuya larga barba gris caía perdiéndose por debajo de la mesa, frente a sí tenía una jarra de cerveza que parecía no haber probado, cosa sumamente extraña en esa raza de fornidos pero menudos hombres. Estaba rechoncho y aun vestía su casco de batalla, del cual salían dos grandes cuernos de toro, tal vez del tamaño de dos cabezas suyas. Su rostro era, quizás, el

más viejo de la taberna. En esas bolsas bajo los ojos podía verse cuánta sabiduría albergaba. Ella conocía su nombre, era el Rey Ithrik, el Herrero Rúnico, el Señor de todos los enanos que moraban en el mundo.

A su derecha estaba, no menos importante, quien había comandado otro de los grandes bastiones en la guerra. Era el Rey Tirian, Señor de los Reinos Elfos de Eleanor. Su blanca tez parecía tan frágil que nadie hubiera podido imaginar su destreza en batalla, superada por muy pocos en las eras de los tiempos. Comía utilizando unos extraños utensilios con los que pinchaba la carne que aun no se había terminado del plato anterior, delicadeza que produjo cierta gracia en la muchacha. Sus finas ropas, de un tono celeste, parecían tan suaves como caras, y ella pensó que con ellas habría podido tejerse varios vestidos. El elfo poseía un largo y lacio cabello rubio que le caía tras los hombros, ocultando unas peculiares orejas puntiagudas, y su figura desprendía una belleza tal que no debía ser natural, sino causada por algún tipo de hechizo. A pesar de ello, la muchacha, mientras se acercaba, no pudo evitar dejar de mirar aquellos ojos en los que no paraba de sumergirse, como hundiéndose en las profundidades de algo tenebrosamente dulce...

Él estaba en el extremo de la izquierda de la mesa, al otro lado del Rey enano. Y tampoco dejaba de mirarla. Sus miradas se decían cuánto y de qué manera se deseaban, cómo se habrían devorado el uno al otro en ese preciso instante. Ella dejó de sentir la escena. Ni el gentío, ni los gritos, ni las músicas mezclándose, ni el calor de la bandeja. Esquivó a cuantos interrumpieron su paso

sin mirarles, como si fueran aquellos ojos los que le guiaban...

Él era Belean. El hombre que todos habían elegido para que los guiara en batalla tras la muerte del Rey Tommeau II, de la Corona de Tronia, varios meses antes. Su porte era magnífico, diestro en la lucha y muy apuesto. Sus grasos cabellos rubios, también largos, ocultaban un poco su rostro, donde la barba más oscura se dejaba crecer. Sus labios eran tan apetecibles que ella sintió su boca salivar, como si del sabroso cochinillo que cargaba se tratara. Y sus ojos... Esa mirada que la había cautivado...

Al llegar, apartó la mirada. Sí, lo consiguió. Y dejó la bandeja con el succulento manjar sobre la mesa, justo delante del Rey enano, que la presidía. Se dio cuenta de que los tres guerreros, los más importantes presentes en la pequeña taberna, tenían junto a sus asientos una hermosa espada enfundada. Las tres iguales. Igual de relucientes y majestuosas. Merecidos premios tras la batalla librada...

Por protocolo, hizo una pequeña reverencia, la cual el enano interrumpió con un movimiento de la mano, indicando que no era necesaria. Ella tomó el gran cuchillo y trinchó el cochinillo con suma habilidad. El primer pedazo, y el mayor, lo sirvió frente al Rey enano, acompañándolo con una buena proporción de patatas, cebollas y manzanas. Éste no esperó a sus comensales, y comenzó de inmediato a degustarlo con gran ansia, haciendo uso de ambas manos. El siguiente plato fue ofrecido al Rey elfo, el cual le pidió que lo depositara junto al plato del que aun comía, a la espera. No utilizó

palabras, tan sólo un gesto con su fina y delicada mano, y prácticamente ni miró a la moza. Después, sin remedio, comenzó a temblar al cortar el pedazo que serviría al héroe de los hombres. Lo hizo sin mirarle, no sabía si por vergüenza o miedo, pero al terminar, sirvió una buena ración de patatas y manzanas, pero cuando fue a depositar la cebolla, ésta se le escurrió del cucharón y rodó por la mesa. Sintió su rostro arder sonrojado. Se quedó quieta un instante, hasta que reaccionó y lo recogió. Levantó la mirada, una mirada con la que se excusaba, y de nuevo sus ojos se encontraron.

- No te preocupes, muchacha, ahora que tus dedos han tocado esa cebolla, me sabrá incluso mejor...- No había vacilado al decirlo, y una leve sonrisa asomó en la comisura de sus labios. "Qué labios..." Pensó ella.

- Lo siento, mi señor...

- De verdad, no os preocupéis, no tiene la menor importancia.- Ella quedó encandilada con su voz, y al no hallar respuesta, sonrió. Él también quedó en silencio un segundo, sonriéndola, hasta que continuó.- ¿Cuál es vuestro nombre?

Ella estaba temblando, y el susurro con que contestó no fue apreciado por nadie. Aun así, él sonrió.

- Está bien, espero que luego pueda disfrutar de vuestras palabras en una ocasión que se tercié mejor que ésta.

Ella asintió y se retiró, dejando ahí el resto del cochinitillo, aun chisporroteando.

La noche continuó ajetreada, yendo y viniendo de uno a otro lugar, pero ella ya no volvió a la mesa donde el Rey Tirian de los elfos, el Rey Ithrik de los enanos y el héroe Belean, de los hombres, cenaban. Se dedicó a servir el resto de las mesas, y tras las palabras de aquel hombre, se sintió más alegre y capaz de realizar su tarea. Las músicas siguieron sonando por largo rato en el gran salón de la taberna y los hombres se fueron emborrachando cada vez más y más, hasta que terminaron por quedar dormidos en algún lugar, ya fuera silla, suelo o sobre alguna mesa. Algunos incluso optaron por el exterior, donde era más fácil soportar el frescor de la noche al olor a humanidad de la taberna. La muchacha estaba muy cansada cuando terminó el trabajo, pero no podía contenerse en sí misma, pues ambos no habían dejado de mirarse a lo largo de toda la noche. La taberna se había hecho enorme mientras ella estaba en una punta, lejos de él, el cual tan sólo se levantó una vez de su asiento, para bailar alegre con la multitud, festejando. Incluso durante la danza no dejó de buscarla con la mirada, y cuando la hubo encontrado, aquellos profundos ojos la invitaron a bailar, pero ella se resistió, excusándose con una bonita sonrisa...

Mientras ocurría, parecía que el tiempo no pasaba, pero cuando llegó el final de la celebración y los hombres comenzaron a retirarse a sus dormitorios, todo fue tan rápido como si no estuviera pasando en realidad. Tan sólo algunos podrían gozar de un lecho, pues eran muchos para tan pequeña taberna, y Belean fue uno de ellos, por supuesto. En el momento en que iba a subir, ya con una mano en la barandilla de la escalera, ambos se miraron.

Él sonrió, en una clara invitación a que subiera con él, y ella le devolvió la sonrisa, sin saber bien lo que con ella le estaba respondiendo. Así, el héroe se perdió en los escalones del piso superior.

Ambos habían sabido leer más allá de las miradas...

Ella comenzó a temblar, dudando si subir o no. Esperó un rato, durante el cual continuó recogiendo las mesas y esquivando soldados dormidos, pero sin tomar constancia de todo ello, sino con la mente en el piso de arriba. Estaba muy sería, muerta de miedo. ¿Subía o no?

Al llegar a la barra, vio que John no estaba muy por la labor de controlarla, pues estaba tirado en el suelo, en el interior de la barra, durmiendo ya, soltando unos terribles ronquidos, con la gruesa panza al aire.

Tenía que hacerlo. Tenía que ir.

Dejó la bandeja que cargaba y se encaminó decidida a la escalera, subió el primer peldaño, luego el segundo y sus pies hicieron el resto. Sin siquiera pensar lo que hacía, llegó arriba, y encontró la puerta de Belean entreabierta. Dio un golpe muy flojo y esperó.

- ¿Sí?- Respondió su voz desde el interior, y la puerta se abrió. Ahí estaba él, frente a ella, con tan sólo el umbral de la puerta separándolos.- Pasa.

Ella asintió, y antes de hacerlo, él se retiró caminando hacia atrás. Ella pasó y cerró la puerta despacio tras de sí. Sólo dejaron de mirarse cuando él se quitó el cinto, del cual colgaba la hermosísima vaina que había apreciado abajo, en el salón, idéntica a la de los dos Reyes, con cientos de inscripciones en plata y oro. El puño

de la espada que estaba enfundada era aun más hermosa, si cabía. Una espada digna de un hombre tan importante, digna de un héroe. Y ella estaba ahí, en sus aposentos, con él. Se le erizó todo el vello del cuerpo al ver el arma, al ver sus inscripciones brillar bajo la tenue luz de la única vela que alumbraba...

Él se tumbó en la cama que ella misma había preparado un rato antes y, embriagado, la miró con deseo... Ella, temerosa, giró la llave de latón tres veces, aislándoles del resto del mundo. Despacio, se acercó al gran guerrero y se sentó junto a él, que sonrió complacido. La muchacha estaba temblando, sabiendo lo que pasaría, ansiándolo tanto como él, pero temiéndolo. Él la tomó de la mano, notó el temblor y se la acarició para calmarlo.

- No temas, preciosa muchacha.- Ella sonrió, se agachó, y se besaron.

Qué beso tan increíble. Ella tenía unos labios gruesos y exquisitos. Sus dos lenguas se mezclaron. Él la tomó en sus brazos y la tumbó sobre sí mismo mientras el beso continuaba. Ella notó su erección de inmediato y se estremeció. La abrazaba con tanta fuerza... Qué beso, qué silencio... Sólo aquella vela, de color rojo, iluminaba consumiéndose poco a poco, pronto los dejaría a oscuras... Él introdujo sus manos en su blusa y acarició su espalda muy despacio. Ella lo hizo con su pelo, qué suaves eran ambos. Al acariciar su cuerpo, él supo que jamás podría olvidarlo, que siempre lo desearía, y esa idea lo excitó aun más.

Ella apartó sus labios y comenzó a besarle en el cuello, lentamente subió al oído, y él casi se muere de

placer. Se puso tan nervioso que subió los brazos intentando quitarle la blusa. Ella, dándose cuenta, se incorporó sin quitarse de encima suyo, y se la quitó quedando desnuda de cintura para arriba. Él vio sus pechos y tuvo que aguantar la respiración. Ella lo miraba desde ahí arriba con su melena morena y rizada suelta, con esa mirada de deseo y ese cuerpo increíble... No pudo evitarlo y comenzó a tocarla desde la cintura, subiendo despacio hasta rozar sus pechos, llegar al cuello, y volver a tomarla con fuerza hacia sí, de modo que volvieron a tumbarse, fundiéndose en otro beso exquisito...

- Yo también quiero tocarte...- Él sonrió, y ella comenzó a desabrocharle la chaqueta con ansia. Al terminar con el último botón, dejando su pecho libre, se paró en seco, para reaccionar lanzándose a besarlo y acariciarlo. De pronto paró y comenzó a descender, rozando sólo con su sensual melena suelta, hasta morder el botón de su pantalón, sin desabrocharlo. Levantó la cabeza, se apartó el pelo hacia un lado y le vio a él expectante, deseoso ante la perspectiva. Ambos sonrieron, cómplices, y se agachó para volver a morder el botón, esta vez sí, desabrochándolo. Rápido, subió hasta que sus labios se encontraron de nuevo.

- Me vuelves loco. Completamente loco. ¿Qué has hecho conmigo para que esté así? ¿Qué hechizo es éste?- Se calló por un momento.- No me puedo creer que esté aquí contigo. Eres tan preciosa...

Ella lo abrazó, y él a ella. Ese momento fue tan intenso...

- Me gusta como me abrazas.- Dijo ella, con lo que él la apretó entre sus brazos aun más, si se podía. Ella comenzó a besarle otra vez. Cada vez estaban más excitados, con lo que ella se detuvo por un instante. Él, con cara de extrañado, la vio incorporarse encima suyo. La observó como hipnotizado, era tan preciosa... Su falda cubría las piernas de ambos. Se estaban mirando fijamente. Ella comenzó a recogerse el pelo, y él a acariciarle el vientre... Tan suave, tan apetecible... Subió lentamente hasta encontrar sus senos, y los acarició a la vez. Ella cerró los ojos al sentir ese placer, y colocó sus manos sobre el fuerte pecho del valiente guerrero, jugando con su bello oscuro... Así, bajó hasta encontrar el pantalón desabrochado, aun con los ojos cerrados, y sintió como las manos de su amante se detenían ante la perspectiva renovada... Abrió los ojos y de nuevo se miraron fijamente entre la leve luz de la vela. Sin dejar de mirarle se echó hacia atrás y empezó a quitarle los pantalones. Cuando estuvo por completo desnudo, él sintió un escalofrío, pero nunca llegó a saber si fue por frío, o por nervios... Ella volvió a besarle, sabiendo que tenía el control. Cubrió las piernas de ambos con su larga falda y comenzó a moverse sobre él, sólo jugando. Siguió mirándole sin parar de moverse, y vio su cara de deseo, sonrió, y le besó el cuello. Él comenzó a besarle el hombro izquierdo, y mientras se movía buscando su sexo, bajó rozándole con los labios hasta la mano, que estaba abierta, apoyándose sobre la cama. Ahí le vio un bonito lunar sobre su piel oscura...

Ella vio como lo miraba.

- ¿Me lo vas a regalar?

Ella negó con la cabeza.

- ¿Por qué?

- Porque tú te marcharás, y otro tal vez me lo pida...

- Ponle alguna excusa. Lo quiero, tiene que ser mío.

Ella sonrió.- Tengo más...

- ¿Sí? Los quiero todos. ¿Dónde?

- Aquí.- Y recogióse el pelo hacia un lado, se giró bruscamente, sin llegar a quitarse de encima, hasta enseñarle la nuca, justo detrás, en el centro del cuello. Esa posición lo excitó aun más...

- Dámelos.

- Y tengo otro, pero no te lo puedo enseñar...

Él sonrió.- ¿Me lo darás?

Ella, negando con la cabeza, con una pícaro sonrisa en los labios, retomó ese movimiento rítmico, jugando...

Él no pudo resistirlo más, la tomó con fuerza, y la penetró.

El placer fue tan intenso que ambos gimieron. Abrieron los ojos y se encontraron mirándose. Él no supo si le produjo más placer el hecho de estar haciendo el amor con ella, o simplemente por mirarla.

Ella se agachó hasta llegar a su oído, y mientras comenzaba a moverse sobre él, dijo:- No te asustes si te digo que te quiero. Que sé que eres el hombre de mi vida...

Él no se detuvo, no pudo hacerlo, pero sí se asustó.

Continuaron moviéndose, disfrutando. Ella le gemía al oído y él le acariciaba la espalda.

- ¿Me los darás?- Insistió en su oído sonriendo. Pero ella no respondió, y siguió moviéndose.

- Me encanta.- Dijo ella. Él la tomó con más fuerza.- Dime algo en tu lengua.- Añadió entre jadeos.

- ¿Qué quieres que te diga?

- Lo que tú quieras...

Él quedó callado por un momento pensando, sintiéndola moverse sobre él, acariciando su suave espalda...

- *“No sabes cómo me gusta tu piel... Es como estar en el cielo...”*

Lo dijo, pero ella no lo entendió. Sus dedos la acariciaban bajo la luz de la vela, ella gemía de placer entre los movimientos rítmicos el uno sobre el otro...

- Quiero tener un hijo tuyo. Aunque no lo reconozcas. No me importa. Será el único recuerdo que guarde de ti...

Él se detuvo y la miró, pensando que ojalá no ocurriera. Un terrible pánico lo inundó. Sonrió y la besó con dulzura. Despacio, rozando con sus labios su mejilla, bajó hasta su cuello, y ella volvió a gemir estremeciéndose... Volvieron a quedarse mirando.

- ¿Por qué me miras así?

- No...- Dijo él evasivo.- Estaba pensando. Pero no importa.- Y tras un silencio:- Me vuelves loco...

- Dime. ¿Qué pensabas...?- Pareció dejar de moverse por un instante, pero él retomó la exquisita danza.

- Nada, es un secreto...- Sonrió, esperando que no siguiera con las preguntas.

- Cuéntame tu secreto. Cuéntamelo.- Dijo con la voz más bonita, notas de canciones de tierras lejanas.- Quiero saberlo todo de ti.

- No puedo. No puedo contártelo.

Qué manera de moverse... Él en ese momento le habría contado cualquier cosa. Estaba en el cielo...

- ¿No puedes contármelo?- Ella se detuvo un instante, para después continuar moviéndose.- ¿Por qué no? ¿Qué es para que me lo ocultes...?

- Nada. Olvídalo... Por favor, no podría contártelo.- De verdad que quería, pero no podía.

Ella no paró de moverse. Estaban unidos. Su larga falda lo ocultaba todo, pero ahí estaban los dos. Tan preciosa como estaba bajo la tenue luz de la vela, le susurró unas palabras.

- ¿No me lo vas a contar?

Le produjo tal escalofrío que no pudo evitar contestarle.- Algún día te lo contaré, te lo prometo.- Calló por un instante, sintiéndose dentro de ella.- Y tú me regalarás tus lunares.

Ella no pudo evitar sonreír.- ¿Es un cambio?

- No.- Cada vez se sentían más el uno al otro, al borde del orgasmo.- Te lo contaré porque quiero hacerlo.- Sentía que iba a morirse, que estaba en el cielo.- Y tú me los darás si quieres. Y serán siempre míos.

Ella asintió, moviéndose sobre él. Qué manera de moverse...

- Sí. Son tuyos. Yo los llevaré, pero son tuyos.

Siguieron en un silencio sólo entrecortado por los jadeos. El movimiento, la danza, enloqueció, y él al fin se murió.

- ¿Y por qué no me lo cuentas ahora...?

¿Ahora? Él no podía ni respirar. Estaba en ese preciso momento en que acabas de salir de ti y ni sabes a dónde has ido a parar. Hasta que todo quedó en silencio, y los dos se miraron.

La vela roja a punto de fundirse y quedar todo en la oscuridad, él dijo:- Sí, te contaré ahora mi secreto, pero has de saber que nadie más por ti debe conocerlo. Ahora es nuestro secreto.

Se hizo el silencio por un largo instante, y tras ella hablar, se apagó la vela, dejándolos a oscuras totalmente...

- Lo llevaré siempre conmigo. Te lo juro, te lo prometó.

II
Cincuenta aniversario del fin de la Guerra de la Roca
en la insigne ciudad de At-Lanthas

24 de noviembre de 1334

*“Se despertó bañado en sudor
y un frío interno, le estremeció.
Se hizo la luz, y en su cama junto a él...
¡¡ Vio a esa mujer!!
Fue como aquel beso que no dio,
como ese “Te Quiero” que negó.
Llego la hora de echar cuentas y él lloró.”*

La muchacha trepaba por el muro en esa fría noche, agarrándose con fuerza a cada rendija, a cada saliente, a cada grieta. Las nubes grises casi ocultaban una luna que aparecía y desaparecía, como queriendo mirar y no mirar, con lo que la oscuridad ocultaba a la muchacha en ese muro vertical. Nadie pudo verla desde abajo. Por un momento se detuvo y vio como ella la miraba desde allá arriba, difuminada entre la espesura que amenazaba una lluvia que nunca dejó caer, lo que habría dificultado su empresa. La habría dificultado, sí, pero jamás la habría podido impedir. Aquella noche él estaba en la gran ciudad, tras cincuenta largos años en que tres generaciones habían estado esperando. Y esa sería la noche en que se vengarían. La noche en que todo terminaría. La luna quedó oculta de nuevo y la muchacha supo que ella dejaba de mirar para no ver lo que estaba a punto de pasar. No importaba si ella no estaba de acuerdo. Alargó el brazo y agarró con fuerza la cornisa del

ventanuco. Estaba muy resbaladiza, pero se aferró con tal ímpetu, que consiguió fijarse bien. Metió un pie en una grieta que desde unos metros abajo le venía sirviendo de arriesgada escalera y, con la mano libre, desenfundó un puñal que relució en la oscura noche. Lo empuñó dispuesta a utilizarlo, sin ningún tipo de piedad. Había llegado el momento. Se impulsó con todas sus fuerzas hacia arriba y su silueta negra alcanzó el ventanuco, justo tamaño para tan diminuto cuerpo, y entró de un salto decisivo.

Todo estaba a oscuras. Nadie había. Por el ventanuco no entraba nada de luz: ella se ocultaba bien, ni un poquito de su luz plateada le daría. La muchacha sonrió, y fue una sonrisa tan irónica que la noche pareció oscurecerse un poco más. A pesar de ello, la vista se le iba acostumbrando al lugar. Se encontraba en una estancia pequeña de la que tan sólo podía ver sombras y siluetas de muebles, perfiles borrosos de un mobiliario cuyo huésped no volvería a ver jamás... Él no estaba. Por un instante hasta sintió un alivio mezclado con una pesada decepción. Pero eso no duraría mucho. Ahora tenía que esconderse y aguardar al que moriría esa noche. Habían esperado tanto... Enfundó de nuevo el afilado puñal y caminó despacio, cauta, hacia una esquina donde había dos grandes arcones bien dispuestos, uno junto a otro, al pie de la lujosa cama. Al pasar junto a ella, la muchacha acarició la suave colcha de piel, aunque no supo de qué animal se trataba. Cuántas molestias se habían tomado por ese maldito anciano que ya nunca llegaría a dormir ahí. Frente a la cama, había un escritorio vacío, salvo por

un tintero lleno y varias plumas, carísimas, junto a él, además de un candelabro recientemente apagado. Una cómoda silla y un gran armario completaban la habitación, todo sobre una gruesa alfombra donde la muchacha no pudo distinguir el bonito escudo de armas que había tejido. Llena de repulsión, se sentó en la cama, disfrutando de su comodidad, jamás podría ella conseguir una así. Jamás. Aunque por derecho propio la mereciera... Volvió a sonreír, esta vez con malicia.

¿Cuánto tardaría en llegar el viejo? No importaba, ella aguardaría allí en silencio, el tiempo que hiciera falta. El agravio sería enmendado. Él había vuelto a aquellas tierras, sin ni si quiera saber que ella, como su madre, existían. Él se había marchado cuando su existencia había comenzado, y como un fantasma las había atormentado a ambas con las historias de su abuela Kelpie, una obsesión que había terminado ya con ella, sumida en una locura despechada. Una noche y un recuerdo. Una vida...

Una voz sacó a la muchacha de sus pensamientos. Había sido un hombre, aunque no había entendido qué había dicho. Le había seguido la risa de otro. Ambas voces provenían del otro lado de la puerta. ¿Habría centinelas escoltando aquella habitación supuestamente vacía? ¿Por qué? Aunque, siendo el aposento de quien era... ¿Por qué no? Un terrible escalofrío le recorrió la espalda, y no pudo evitar levantarse alarmada. ¿Estaría echado el cerrojo? Podían incluso entrar en cualquier momento... No podría llevar a cabo su empresa. Pero no podía dejar pasar la ocasión. Estaba tan cerca... Él debía morir.

Pensó en esconderse bajo la cama. Él aparecería en algún momento y se acostaría. Entonces ella saldría, cuchillo en mano, y acabaría con él. Le clavaría la hoja afilada en la garganta, antes de que pudiera emitir sonido alguno... La imagen le hizo ponerse aun más nerviosa, ansiosa... Levantó la colcha y pudo ver que había un gran cajón, y que allí no podría esconderse. Tal vez dentro... Lo abrió despacio, intentando no hacer ruido. Estaba lleno de ropa. La ropa de ese viejo... Pensó en cogerla toda y arrojarla por la ventana, pero controló el impulso. Se estaba poniendo nerviosa. No se tenía que dejar llevar por las emociones. Había venido a llevar a cabo una misión. Tenía que asesinar a ese hombre, a su propio abuelo, y no vacilaría. Tal vez debajo de la mesa... ¿Y por qué no dentro de uno de esos arcones al pie de la cama? Allí seguro que no la vería. En ellos habría traído la ropa el viejo, y ahora estarían vacíos. Y si aun contenían algo, lo guardaría en el cajón bajo la cama. Rápido, caminó hasta ellos. Los dos se disponían al pie de la cama, uno junto al otro. No eran lo suficientemente grandes como para que una persona se escondiera, pero su diminuto cuerpo tal vez... Se agachó y vio que ambos estaban cerrados con un pesado candado. Cerrados... ¿Por qué? Sacó del bolsillo un pequeño hierro que usaba como herramienta en estos casos, para forzar cerraduras, y que de tantos apuros le habían sacado ya. Le costó unos minutos, pero al final abrió uno de los candados de un arcón. Cerca, tras la puerta, se volvieron a oír las voces de los supuestos centinelas.- Están tardando...- Había alcanzado a entender. Estaban ahí, tan cerca... Despacio, abrió el

pesado arcón. La gruesa tapa descansó sobre el segundo, cuando la muchacha se deslumbró con lo que vio. Por la ventana alcanzó a ver la luna, la espesura de las nubes habían formado un claro para que ella mirara, y ahí estaba, bien atenta. Su brillo plateado se reflejó sobre el objeto que la muchacha tenía frente a sí. Era impresionante. En el interior del arcón había una enorme y bellísima espada. Un acero adornado por incontables signos que brillaban entre la oscuridad. Eran tantos y tan hermosos, tan incomprensibles, que se maravilló. Había quedado perpleja, quieta sabiendo el peligro que corría y la premura que exigía la situación. Y todo ello no por aquel objeto tan valioso, la espada de un rey. No. Su conmoción se debía a un recuerdo que tantas veces le había sido relatado... Sí, estaba segura de que ésa era su espada, tanto como de que esa noche desaparecería.

La tomó con sumo cuidado, como si en lugar de acero, estuviera hecha de cristal, y la llevó hasta la lujosa cama, donde la dejó sin poder parar de admirarla. Luchando contra eso, se dirigió de nuevo al arcón. Allí había, además, una gran tela que protegía a la espada. Al cogerla y extenderla sobre la espada en la cama, se dio cuenta de que era una bandera. El emblema que llevaba, con orgullo merecido, era el del Reino de Himn, uno de los nacientes reinos muy al sur de la ciudad-estado de At-Lanthas: dos bellísimas espadas idénticas cruzadas, sin duda una de ellas la que tenía delante, sobre un grandísimo escudo decorado con muchos ribetes y florituras y dividido en secciones: un castillo amurallado, flores de lis y bandas rojas y amarillas. La muchacha sintió de nuevo esa

repulsión, y esta vez le costó aun más evitarla, superarla. Envolvió la tremenda espada con la bandera y la preparó para enganchársela más tarde al cinto. Dejándola de momento sobre la cama se dirigió al segundo arcón. ¿Estaría ahí la segunda espada del escudo de armas? Los arcones eran idénticos. ¿Por qué no?

Se agachó cogiendo el pequeño hierro para abrir el candado, y levantó la tapa del arcón que ya había saqueado, y ahora no le permitía abrir éste. Lo cerró y también su candado, e introdujo su herramienta sobre el que aun no había abierto, y que alguna sorpresa protegería... Esta vez le costó más, giró y forzó, hasta que el cerrojo cedió, y el candado abrió. Justo en ese momento...

- Ya están aquí.- Un centinela tras la puerta y un tintineo de llaves. ¡Justo a su espalda! Sintió su corazón latir desbocado, erizársele todo, y saltó hacia atrás mientras escuchaba una llave entrar en la cerradura. Se apoyó en la pared y la puerta se abrió bruscamente, dejándola a ella detrás, oculta. Soltó un suspiro que no rompió el silencio. Alguien había entrado. Al menos una persona. La luz entraba por la puerta ahora abierta, pero ella, desde ahí detrás, no podía ver nada. No le importó, implorando no ser vista. Una segunda persona entró.- Ayúdame, porque pesan.

- Ahora vendrá alguien a ayudarnos, ¿no?

- Sí, espero...

- Entonces esperemos, tranquilo.- Éste soltó una risa cuya respuesta no pareció ser la esperada, para el alivio de la muchacha.

- No. Vayamos sacándolos. Ayúdame con el primero.- Se escuchó el esfuerzo de ambos levantando un arcón. “El candado está abierto...” Pensó. Ambos salieron al pasillo y parecieron depositarlo ahí.

- No te separes de ése.- Dijo el que hasta el momento había dado órdenes. Después se escucharon sus pasos entrando y, él solo, levantando un lado del arcón que aun quedaba en los aposentos. El arrastrar del arcón vacío resonó por toda la madera del suelo, pero ninguno de los dos centinelas pareció darse cuenta.

Tras unos segundos, la puerta se cerró y las llaves giraron cerrándola.

Calma, silencio. Pum-pum, pum-pum. El latir de un corazón acelerado. Un sudor frío recorriendo la espalda. Helador... Sus músculos no reaccionaron tan rápido como necesitaba. Fue hasta la cama. ¡La espada seguía ahí! ¡Esos estúpidos no la habían visto! La tomó temblando. La enganchó a su cinto como había planeado, asegurándose de que estaba bien firme. ¡Ahora debía descender por ese muro vertical cargando con ella! Rápido anduvo hasta el ventanuco por donde había entrado y se encaramó a la cornisa. Al mirar hacia fuera, vio a la luna, aun asomada entre las nubes en ese claro que, pasado todo ese tiempo, no se había deformado ocultándola. Ella seguía ahí y miraba. Había visto todo lo que había pasado. La muchacha no supo reconocer la expresión de su cara... ¿Lo habría tramado todo ella?

Se coló por el ventanuco y jamás volvió a aparecer en aquel palacio.

No había cumplido su misión. El viejo Rey aun seguía vivo. Pero ella tenía su espada. Se tendrían que conformar con ella para cobrarse la venganza...

Unas horas antes...

Ya era tarde cuando resonaron las trompetas a lo largo de todo el valle anunciando la llegada de los elfos. En lo alto de cada torre del grandioso castillo, y cada cinco almenas de la muralla que lo envolvían inexpugnable, ondeaban los pendones alternando la heráldica de las cuatro casas reales: la del Rey de Reyes enano, erguido en el trono de las montañas desde antes de que los hombres tuvieran memoria; el del naciente Reino de Himn, en la costa más meridional del continente, frontera con las siempre amenazantes tierras de los moros; el de la ilustre casa real de Assëe, único y legítimo Rey de los Elfos; y el de la veterana monarquía de At-Lanthis, anfitriona y orgullosa de reunir a todos los anteriores entre sus muros. Al resonar los instrumentos, todo el valle supo que el tercero de los invitados había llegado, y como en las dos ocasiones anteriores, primero el día anterior con el Rey Ithrik de los enanos, y esa misma mañana con el Rey Belean de Himn, ahora acudieron en masa a recibir al Rey Tirian de los elfos. Por toda la gran calle que llevaba desde la Puerta de Santa Brida, hasta las puertas de palacio, se amontonaron varios centenares de personas. Lo alto de la muralla, donde antaño se habían apostado innumerables soldados para defender la grandeza de la

ciudad-estado de At-Lanthas, ese día lo abarrotaban las multitudes, que arrojando perfumados pétalos de colores dieron la bienvenida a los caballeros que al trote cruzaron las grandes puertas de la ciudad. Todo el aire quedó llenó de pétalos rosas, anaranjados, rojo intenso y azules, que cayeron despacio inundándolo todo con su fragancia, haciendo honor a la eterna amistad que unía a los dos pueblos. El heraldo, en cabeza, portando una hermosa armadura bien tallada, ribeteada en la más fina plata y el oro más brillante, entró saludando a la plebe como si fuesen sus propios vasallos. Se trataba de un elfo joven y decidido, cuya capa caía cubriendo la grupa de su tremenda montura. Tras él, unos cientos de caballeros, la guardia personal obligatoria para alguien tan importante y para semejante viaje. Esos caballeros habían cruzado el mundo para asistir esa noche al gran festival. Primero la larga travesía en barco, desde los Reinos de Eleanor, y después tierra adentro, hasta la grandiosa ciudad de At-Lanthas. La comitiva real ascendió por la concurrida calle, entre vítores y aplausos. Él no dejó de saludar a los mundanos, contento con el recibimiento. Toda la ciudad se encontraba allí, el pueblo llano, niños, madres, padres y viejos, y el camino se alargó cabalgando despacio entre todos ellos, mientras allá arriba, frente a ellos, al final de aquel pasillo humano, se alzaba el grandioso palacio, flanqueado por otra cadena de muro, más alto si cabe que el que defendía al pueblo. Las casas se amontonaban, se asombró el joven elfo, como si de ratas se tratara, apiñadas unas contra otras. Los tejados de pizarra brillaban con los últimos rayos del sol, que tras las esbeltas torres de

palacio, amenazaba con esconderse. Tarde ha llegado su majestad, decía, insolente. Pero a él no le importó, y se jactó de cuantos lo saludaban desde el suelo. Y él los miró a todos, a todos los que pudo, al menos, que no dejaron de saludarle. Reverencias adecuadas y piropos aventurados se le lanzaron en su camino hasta palacio. Tras él, todos sus soldados cruzaron la muralla del círculo interior, entrando, claramente, donde la nobleza se aglomeraba para recibirlos. Sus ropajes eran diferentes, más caras y finas, hermosas, pero al fin y al cabo eran lo mismo, él lo sabía. La misma leña. Todos le saludaron del mismo modo, pañuelos, aplausos y reverencias, y sí, algún otro piropo. Eran menos, pero a él no le importó, alegrándose de llegar, por fin, a las puertas del majestuoso palacio. Allí desmontó, y, dando su caballo por las riendas a un mozo que hizo una fea reverencia, caminó con gran porte hacia el interior. No pudo evitar, en su deleite, mirar hacia arriba mientras cruzaba los portones. El alto palacio se elevaba perdiéndose allá arriba, reluciendo blanco y hermoso, confundiéndose con el crepúsculo. Los ventanucos aparecían por doquier, sin orden aparente, incontables, y las torres, al menos seis, contó el joven elfo, estaban todas coronadas con los pendones de las casas reales. Y ahí encima, justo sobre su cabeza, habiéndolo dejado para el final, las cuatro banderas: en el último instante vio el emblema de su familia, lo que le infundó un orgullo soberano para entrar en aquel lujoso palacio.

Tras cruzar el gran arco de entrada, el joven elfo que encabezaba la marcha anduvo con paso resuelto por una bóveda oscura que pasaba por debajo del edificio hasta

un amplio patio de armas. Al entrar en él, los guardias prendieron las lámparas iluminándolo todo en el interior, en señal de bienvenida, y la decadente luz del crepúsculo se perdió entre la de los fuegos. Toda una comitiva esperaba. Formando una media luna cóncava, se encontraban los representantes de las otras tres casas reales. Él había sido el último. En el centro estaba el Rey Haron, de Atl-Lanthas, anfitrión y dueño del lugar y los alrededores. Portaba ropas livianas, aunque en exceso caras y en extremo pomposas, en tonos granates y plateados. Y sobre su cabeza descansaba una preciosa corona que brillaba incluso bajo la tenue luz del crepúsculo que ya se iba. Tenía los brazos abiertos y una gran sonrisa resplandecía en su cara. Junto a él, la que debía ser su esposa. Una bella mujer, aunque ya achacada por la edad, que vestía un vestido de paño fino de un tono azulado claro. A la derecha de ésta, un hombre anciano que también portaba una corona, y que más tarde se presentaría como el Rey Belean de Himn, de modales refinados para un antiguo guerrero de renombre, cuya leyenda había llegado incluso más allá de los mares. Con porte satisfecho esperaba su turno para saludar al joven elfo. Y al otro lado del anfitrión, el Rey Ithrik, de los enanos, el Herrero Rúnico, el amigo de su abuelo a quien tanto ansiaba encontrar. Éste lo miraba escéptico, preguntándose, seguramente, por qué venía él y no el Rey Tirian, su abuelo. Las arrugas del enano fruncieron el ceño de tal manera que el elfo hasta se asustó por la expresión. La barba le caía larguísima por fuera de la hermosa armadura con que iba ataviado.

Evitando su mirada, el elfo anduvo hacia el Rey Haron de At-Lanthas, y lo abrazó en respuesta a su cordial saludo.

- Bienvenido seáis a At-Lanthas, Rey Tirian de Eleanor, de la Alta Estirpe de Assëe, Rey de los elfos.- Le dijo al oído, aunque en voz alta para que todos lo oyeran.

- Mis saludos, Rey Haron de At-Lanthas.- El elfo respondió con su melodiosa voz al separarse.- Las gracias os doy por vuestra invitación a la celebración del cincuenta aniversario del fin de la guerra. Aunque lamento informaros que soy el Príncipe Tarion, hijo del Rey Alkar, quien os envía sus mayores saludos.

El Rey enano se había acercado, aun frunciendo ese ceño arrugado, y por el otro lado fue flanqueado por el anciano Rey Belean.

- Mi abuelo, el Rey Tirian,- Continuó el elfo.- quien con vos compartió la victoria que hoy celebramos,- Y esto lo dijo mirando al enano.- murió en batalla hace más de cuatro décadas,- Detuvo sus palabras un instante, a modo de pésame hacia sus antiguos compañeros.- durante la que se ha llamado la Guerra de la Magia, librada contra los elfos oscuros... Lo siento.- Añadió.

- Nos lo sentimos, joven Príncipe.- Le respondió el Rey Haron.

- Muerto...- El Rey enano habló poniéndole la mano en el brazo.- ¿Cómo...?

- Mi abuelo murió con gran honor en el campo de batalla, en combate singular con Efgo, esbirro oscuro y

líder de los elfos de la Casa de Yandalath, que aun hoy en día se oculta en algún recóndito lugar.

El enano se llevó la mano a la cara, y rozando la mejilla, llegó hasta los ojos, donde asomaba una emoción contenida. Los dos reyes habían sido grandes amigos y compañeros durante la guerra. Habían sufrido juntos y habían vencido juntos.

- De verdad que lo siento, mi Rey. Yo estuve allí, a su lado en el momento de su muerte. Falleció en mis propios brazos sobre la nieve y entre el fragor de la batalla, y sus últimas palabras fueron de aliento...- Añadió el elfo con pesar.

- Fue un gran guerrero y un buen Rey en vida, y siempre será recordado.- Le interrumpió el enano.- A mi vuelta a mis tierras, celebraremos un funeral conmemorativo, y todos los enanos que moran bajo la montaña vivirán en luto por un año.

- Gracias.- Contestó el elfo abatido más por la imagen del Rey enano que por el recuerdo de su abuelo muerto.

- Pero decidme, joven Príncipe de Eleanor, ¿qué ocurrió con la espada...?

- La espada...- Dijo él con pesar.- Largo y tendido hemos de hablar sobre ella, pues se ha perdido. Siglaia ha desaparecido.

- ¿Qué? Eso es terrible...

- No...- El Rey Haron se llevó la mano a la boca, asustado, secundando al enano.

El Rey Belean miró cabizbajo, sin presentar una expresión en su viejo rostro, guardándose para sí lo que estaba pensando...

- Sí, lo es. Pero no es lugar ni momento.- Dijo Haron.- Por favor, os ruego entremos a palacio donde podamos sentarnos y hablar de cómo ocurrió tan terrible suceso. Espero compartáis con nosotros las últimas palabras de vuestro abuelo, y hablaremos de su espada, y lo que ahora nos depara...

Los tres asintieron. Desanimados cruzaron el patio de armas y entraron al hermoso palacio. El último de ellos fue el Rey Ithrik de los enanos, que quedó allí sólo por unos segundos. Tal vez tratando de contener la tristeza, o tal vez dejándola surgir para no mostrarla más tarde...

El salón al que los condujeron era enorme y olía a la leña que ardía calentando. Una impresionante bóveda de crucería que mostraba unos bellísimos frescos con escenas de victorias pasadas se elevaba apoyado sobre una serie de bonitas columnas grises, cuyos capiteles estaban tallados en la forma de respetables yelmos de batalla, todos con la visera bajada, todos diferentes y espeluznantes. Pero no sólo ellos llamaron la atención de los invitados. Era una sala rectangular, y uno de sus largos extremos se elevaba para dar importancia a dos tronos donde rápidamente se sentaron el Rey Haron y su esposa. Frente a estos quedaba un gran ventanal, por donde se veía el último resplandor del sol, que ya se había marchado, oculto tras el horizonte lejano. Estaba cerrado, pero podía

verse el pequeño balcón que había y que seguro daba a la ciudad, donde los Reyes se dejaban ver por sus súbditos. El ventanal estaba flanqueado por dos grandes tapices donde se mostraba la heráldica de las casas reales de Assëe y de los Reinos Enanos. El del naciente Reino de Himn lo pudieron encontrar tras de sí, sobre la puerta de entrada. Y frente a ésta, al fondo del salón, la chimenea donde ardía un gran fuego. Frente a los dos tronos habían dispuesto unos cómodos sillones para los invitados, y allí estos se sentaron agradecidos, mientras terminaban de preparar el banquete, había dicho el Rey Haron. En cuanto llegó el Rey Ithrik, y todos estaban ya sentados, no tardaron en lloverle las preguntas al joven príncipe elfo.

- Contadnos, joven Tarion. ¿Cómo ocurrió tal desastre?

Éste se sintió cohibido ante la expectación, pero aun así, comenzó su discurso.

- Durante la Guerra de la Roca que se libró principalmente en el continente del mundo en que ahora nos encontramos, mi abuelo, el Rey Tirian, vino en respuesta a la alianza forjada por nuestros antepasados. Gracias a los Dioses la amenaza que nos achacó en aquel entonces fue detenida, resultado de la unión de nuestros pueblos...- Hizo una pausa y los miró a todos, que asintieron.- Pero al terminar, los elfos regresaron mar adentro, a las Tierras de Eleanor, donde los elfos oscuros, los hijos despiadados de la Alta Estirpe de Yandalath, habían tratado de alzarse con el poder, argumentando un derecho que no era legítimo en absoluto. Y así se hizo la guerra allí, donde luchamos por defender el Reino de mi

abuelo hasta su regreso. La Guerra de la Magia, se la ha llamado. Fue terrible...- De nuevo se detuvo, para respirar, atormentado por el recuerdo aun cercano.- Cuando el Rey Tirian volvió victorioso de vuestra guerra contra los Demonios Resentidos, luchó valiente y con gran honor. La guerra se libró en nuestro propio suelo, hasta que los fieros elfos oscuros fueron expulsados de él. Pero él había caído.- Sus palabras sonaron con gran pesar.- Fue en la Batalla de Garn-Ithil, la Torre Estrella. El sitio venía durando desde antes de la llegada del Rey, yo me encontraba al mando de la guarnición que la defendía, en el interior de sus murallas. La contienda fue terrible...- El elfo sintió que comenzaba a sudar. La agonía de su relato le provocaba tal dolor, que los que lo escuchaban sintieron lástima por él.- Al llegar el Rey nuestros ataques se intensificaron, pero éstos lograron mantener el cerco, a pesar de que en un descuido de los elfos oscuros, el Rey Tirian había logrado cruzarlo. Él estaba con nosotros, y estábamos seguros de que la victoria estaba próxima. La situación duró largo tiempo. Mi padre, el ahora Rey Alkar, estaba combatiendo en el sur... Lo que ha supuesto para él una grave condena, el sufrimiento de la conciencia. Desde entonces me ha dicho que si Él hubiera estado con nosotros, tal vez...

“En todo caso, así jugó el tiempo. Resistimos mucho, pero mi padre llegó tarde... El sitio se endureció y perdimos la ciudad. El Rey Tirian se mantuvo en el trono hasta el último momento, defendiéndolo. Cuando ya no hubo posibilidad, nos batimos en retirada, pero Él se negó. Afuera, sobre la nieve, libró su último combate. Desafió

de un grito a Efgo, que gobernaba las huestes elfas oscuras. Lucharon ferozmente. La batalla a su alrededor se detuvo. Los aceros chocaron hasta caer la noche, pero veloz, infatigable, al final Efgo desarmó al Rey Tirian. Siglaia, la espada, había caído al suelo. El Rey levantándose. Efgo con una sonrisa maliciosa en los labios, asomando sus colmillos... Y asestó el golpe sin piedad. El Rey Tirian cayó.

El Rey enano ya no miraba, sumido en la fuerza del relato. Las palabras del elfo habían sonado duras. El Rey Tirian, su amigo, había muerto.

- ¿Qué ocurrió con la espada?- Dijo con voz temblorosa.

- Éstos la tomaron. No volví a saber de ella. Efgo se jactó de la hazaña, recogió el arma y se burló mientras Tirian yacía agonizante en el suelo. Y sabiendo que había asestado bien el golpe de gracia, se marchó sin siquiera mirarle morir...

- Se llevó la espada...- Dijo Belean sin creerlo.- Es imposible...

- Sí. Sus hombres le abrieron un pasillo entre vítores. La batalla había terminado por esa noche, y la Torre Estrella ardió, quedando reducida a cenizas para siempre...- Bajó la cabeza, pero siguió hablando.- Yo corrí hasta él. Le tomé en mis brazos, pero ya no pude hacer nada...- El joven elfo había comenzado a llorar.- Sus últimas palabras fueron: *Hijo mío, deténlos. Yo creo en vosotros. Eleanor será libre de nuevo. Pero a ti, hijo mío, te encomiendo un secreto, una misión. Recupera esa espada. Esa espada es la libertad del mundo, y con Ella en*

sus manos estamos todos perdidos... Que no se reúnan jamás las Trillizas...- Calló. No podía hablar. La imagen de su abuelo muriendo en sus brazos era demasiado dolorosa.- Le hice una promesa. Por ello estoy aquí, para honrarle, y para hablar sobre esa espada con quienes estuvisteis con Él cuando fueron forjadas.

El Rey Ithrik asintió, pero seguía sin mirar, manteniendo la mirada perdida más allá del ventanal, como escrutando la noche ya entrada.

- Las Trillizas... Las tres espadas.- Reflexionó sobre cómo comenzar a contarlo.- Cuando acabó la Guerra de la Roca, hace hoy cincuenta años, joven Príncipe Tarion, nos encontrábamos los tres allí. Belean,- Éste miraba al enano, sin decir palabra.- vuestro abuelo, y yo. Allí Belean venció en combate a Golöel, el último de los Demonios Resentidos. Habíamos ganado la batalla, y la guerra. Pero Él era demasiado fuerte, y su cuerpo inmaterial era imposible de ser expulsado del mundo, por lo que lo atamos en el interior de la Gran Roca por medio de una magia poderosa. Yo mismo tracé la runa mágica sobre la Roca, y con el metal de mis instrumentos, y la piedra sobrante, forjamos las tres espadas: Las Trillizas.- Ahora sí se giró a mirar a Belean, sabiendo que el anciano compartía sus recuerdos.- La leyenda dice que si las tres espadas se reúnen de nuevo, Él podrá ser liberado. Por ello las dividimos, nos quedamos cada uno con una. Siglaia fue para vuestro abuelo, el Rey Tarion. Alaia para Belean. E Íkaia, que la guardaría yo.- Le puso una mano al príncipe elfo en el brazo.- Pero ahora una de las

espadas se ha perdido, y todo está en peligro. Quién sabe de lo que son capaces esos elfos oscuros...

Quedaron en silencio unos instantes, recapacitando, tal vez imaginándolo.

- Yo le hice una promesa a mi abuelo en su lecho de muerte, Rey Ithrik, y dedicaré mi vida a ello. Voy a buscar esa espada. Encontraré a Siglaia.

- Joven Príncipe, vos sabéis mejor que ninguno en este salón lo peligrosas que son las tierras de los elfos oscuros... No partiréis solo en su busca.

- Amigos, ¿estamos hablando de enviar una partida de guerra a las Tierras de Elhada, en el otro lado del mundo?- Añadió dudando el Rey Haron, más que animando la propuesta.

Todos miraron al Rey Ithrik.

- Nada mejor que eso podemos hacer...

- No será necesario.- Dijo el anciano Rey Belean tajante. Entre las arrugas de su rostro se dibujaba una expresión triunfal, a punto de revelar una preciada información con orgullo. Hizo una señal a uno de sus soldados que se apostaba en la entrada, que asintió obedeciendo, y se marchó del salón.- Caballeros, yo sé donde está Siglaia.- Todos lo miraron con asombro.- Antes de confesarlo, esperaba averiguar cómo había llegado a mis manos, unos años atrás...- Nadie podía creerlo.- Sí.- Continuó.- No sé por qué ni cómo, qué capricho del destino quiso que la espada llegara a mí, pero así fue. Yo regresé a las tierras del sur tras la Guerra de la Roca, con Alaia, la Trilliza cuya protección me había sido asignada. Allí encontré mis tierras sin líder y bajo el

control de los sarracenos,- En su cara apareció una mueca de asco.- y decidido, me puse al mando de los rebeldes, que luchaban en grupos reducidos, y pronto cobré fama. Eso lo saben todos. Pasó el tiempo, y logramos ganar terreno, pero la guerra se alargaba y el final estaba lejano. Hasta que algo cambió. Mis hombres encontraron la espada en un barco capturado a los sarracenos, cercano a las costas de las Islas Cavernas. La tomaron para mí y me la ofrecieron como botín de guerra, sabiendo que era similar a la espada que ya tenía.- Hizo una pausa.- En cuanto la vi supe que era una de las Trillizas.

- ¿Cómo es posible?- Dijo el enano.

- Yo tampoco lo comprendo, sinceramente, mi buen amigo, pero así fue. Y ahora está aquí. He mandado que traigan las dos.- E hizo un ademán señalando a la puerta, por donde se había marchado su soldado.- Ahora sabéis que las dos espadas que empuñé en la guerra, en mis tierras, con las que fundé mi Reino, las que me dieron la fama, la Espadas Gemelas del Rey Reconquistador de Himn, eran dos de las tres Trillizas.

En ese momento, el Rey enano, con renovado entusiasmo, le gritó una orden a uno de sus propios soldados.- ¡Traed a Úkaia!- Y en respuesta, un fuerte enano salió del salón.

- No puedo creerlo... ¿Cómo es posible?- El Príncipe elfo observaba al Rey Belean como si él mismo hubiese asesinado a su abuelo... Éste le devolvió una mirada sincera.

- Príncipe Tarion, yo lamento la muerte de vuestro abuelo, el Rey Tirian, como nadie... También fue

mi amigo y compañero en al guerra, en mis tiempos de juventud. De Él aprendí la grandeza con que un rey debe ceñirse una corona y mantener una espada envainada en lo momentos apropiados, empuñándola sólo si es necesario... Fue un gran hombre.- Extendió los brazos en gesto cordial, abriendo las palmas de las manos, mostrado sus arrugas.- Yo tampoco lo comprendo. Pero es algo por lo que debemos alegrarnos. El destino ha jugado a nuestro favor. La espada podría estar perdida. Una de las Trillizas...- Al decir esas tres últimas palabras, sus soldados entraron cargando con los dos grandes arcones que hasta ahora descansaban a los pies de su lujosa cama, en sus aposentos.- Y aquí la tenemos, con nosotros...

Los cuatro hombres, que en parejas cargaban los arcones, los dispusieron frente al Rey Haron, entre Él y los invitados. Ambos descansaron ante aquellos grandes hombres que habían escrito la historia de todo un mundo, y éstos los miraron satisfechos, pudiendo abandonar la congoja que hasta hacía unos minutos los atormentaba, recobrando una esperanza que en escasos segundos se quebraría...

- Es una gran noticia. Me alegro enormemente de que sean vuestras manos, Rey Belean, en las que haya caído la Trilliza Siglaia, pues quien sabe qué habría podido ocurrir...- El Príncipe Tarion fue interrumpido por uno de los soldados, que con voz ronca hizo una pregunta que sonó, en principio, estúpida.

- Mi señor, ¿Por qué el candado de ese arcón está abierto?

El Príncipe cayó de inmediato, claro, y todos miraron al candado abierto. Y fue el mismo Belean el que se levantó de su asiento y se acercó para abrir el arcón, temiendo sin comprender. La tapa golpeó secamente contra la piedra del suelo, y la preciosa espada relució ante todos los asistentes. Un acero azulado con incontables inscripciones. Una belleza sólo digna de las manos del Herrero Rúnico, presente en el salón. La espada Siglaia, una de las Trillizas, que había sido entregada al Rey Tirian de los elfos hacía cincuenta años al terminar la Guerra de la Roca, estaba ahí frente a todos ellos, brillando bajo la luz de la chimenea y los farolillos. Tan hermosa...

El anciano Belean sonrió satisfecho, y miró el rostro de cada uno de ellos, sintiéndose tan triunfal como en aquel recuerdo que sólo Él guardaba de un día como ése, cincuenta años atrás, cuando derrotó a Golöel, el último de los Demonios Resentidos.

- Dame la llave, soldado.

Éste así hizo, y con el tintineo y la expectación de Reyes, Príncipe, Reina consorte y soldados de cuatro pueblos diferentes, el viejo Belean abrió el candado del otro arcón con desdén. Sin miramientos, abrió la tapa y ésta también golpeó el suelo secamente, tras lo cual, su rostro, como el de los demás, cambió por completo.

El arcón estaba vacío.

- ¿Dónde está la espada?- Dijo mirando a sus guardias.

- Mi Señor, no hemos abierto los arcones. Tal y como los hemos tomado, los trajimos hasta aquí. Y así

están, como allá en sus aposentos, a los pies de su cama, estaban.

- Pero... No puede ser. Estaba aquí.

En ese momento entraron tres soldados enanos cargando un gran cofre remachado con cientos de gemas preciosas, de todos los colores, aunque al lado de la espada, su belleza quedaba eclipsada. Lo colocaron junto a los dos arcones ya abiertos, uno lleno y otro vacío, y el Rey enano Ithrik, quien forjara las tres espadas cincuenta años atrás, corrió a abrirlo. Sacó una diminuta llave de un bolsillo interior, y abrió la cerradura del cofre. Ahí estaba Íkaia, la Trilliza, tan hermosa como Siglaia.

- Dos de las Trillizas. ¿Pero dónde está Alaia? - Dijo el Príncipe elfo añadiendo tensión al momento.

- No lo sé. Debería estar aquí. En el arcón.- Dijo Belean, que tan sólo había lanzado un vistazo a Íkaia, y miraba de nuevo el arcón vacío, perplejo.- No es posible... Estaba ahí antes, yo mismo abrí ambos arcones hace unas horas, en mis aposentos. Alaia estaba ahí...

- Rey Haron, ¿alguien ha podido burlar la seguridad de palacio? - Habló el elfo, firme.

- No lo creo... No he tenido noticia.

- ¿Y por qué estaba el otro abierto...? - Dijo Belean, con la mirada fija en el hueco vacío de la espada.- Soldados, corred a mis aposentos. Tal vez aun encontréis a un intruso. Rápido.

Éstos salieron corriendo. Y los enanos del Rey Ithrik detrás, por orden suya.

- Rey Belean. No me digáis que creíamos haber perdido una Trilliza. Que resultó que la teníais vos. Y que

ahora era todo mentira.- El enano habló severamente.- No esperaríais tal mofa de vos.

- No. En absoluto. Jamás lo quisiera...- A Belean le temblaba la voz.- De verdad que no lo comprendo. Estaban aquí las dos.- Lo vio en sus ojos: la espada se había perdido.

El Rey Haron se levantó y comenzó a gritar órdenes a sus guardias. Que cerraran todas las puertas de palacio y de la ciudad. Que dieran alarma. Todos los hombres armados y listos. Que si había intruso, lo quería vivo, para él mismo descuartizarlo... Si alguien había violado su seguridad, no sólo el anfitrión habría quedado en ridículo, sino que una de las Trillizas se habría perdido...

Los soldados de Belean aparecieron, y en poco los de Ithrik. Nada. No había nadie. En los aposentos de Belean parecía que nadie había entrado.

- ¡No lo puedo creer! ¡Ahora de nuevo la amenaza se cierne sobre nosotros! ¿Quién puede tener la Trilliza?- El Rey Ithrik estaba hecho una furia. En pie, señalando a Belean y al príncipe elfo, como si éste también fuera culpable.- ¿Cómo habéis podido dejar que os la roben? ¡Ineptos! ¡Descuidados! ¡Viejo despreocupado! ¡No entiendo cómo hace cincuenta años confié en vos! ¡En ambos! Elfos y hombres... Cómo fui capaz...- Calló por un instante, bajando la mirada al suelo, parecía a punto de echarse a llorar, hasta que levantó de nuevo la cabeza y su cara se veía enfurecida.- Guardias, regresamos a Krogh-Orn.- Estos respondieron al momento marchando.- Rey Haron, os agradezco la invitación, y siento que la reunión, la celebración, haya sido un fracaso.

Me despido sin guardaros ningún tipo de rencor, y sabéis donde encontrarme. Aun soy vuestro aliado, pues puede que lleguen tiempos peores ahora que una de las Trillizas se ha perdido...- Se había acercado al Rey y le había hablado dando la espalda al Príncipe elfo y al Rey Belean. Haron había asentido, poniéndole la mano en el hombro como señal de agradecimiento. Después se giró y se encaminó a la puerta para salir del gran salón, pero en el último momento, dio media vuelta y miró a Belean fijamente.- A vos, viejo Rey, os encomiendo la protección de esa espada, pues el destino así lo ha dispuesto. Yo haré lo propio con Íkaia, para evitar que la tiniebla se cierne sobre nosotros. Pero cuidadla bien, que aunque vuestra vida en este mundo sea corta por vuestra condición de hombre, y ya poco os queda, anciano, vendrán otros, y vuestro Reino caerá junto a los nuestros si Golöel, el Resentido, es liberado. En vuestras manos queda.- Había hablado con gran dureza, y no menos le dirigió al elfo.- Y vos, Príncipe, haced alarde de la promesa que hicisteis a vuestro difunto abuelo, que aunque fue un gran guerrero y un buen amigo, en Él también descargo la culpa de la amenaza que ahora nos mantendrá despiertos, pues perdió la espada primero...- Había hablado señalándolos, primero a uno y luego a otro. Ahora cerró el puño, reteniendo toda la ira y la rabia que aun conservaba, y se marchó enfurecido.

Ellos sólo pudieron guardar silencio.

Al terminar esa noche, sólo una de las Trillizas estaba aun en la insigne ciudad de At-Lanthas.

Íkaia había partido de vuelta a los Reinos Enanos, donde el Rey Ithrik la guardaría en sus arcas, en lo más profundo de su fortaleza.

Siglaia sería custodiada por el Rey Haron en sus más inexpugnables cámaras, a la espera del día siguiente, cuando el Rey Belean partiría hacia el sur con ella, donde la protegería hasta el día de su muerte, no muy lejano, por cierto...

Y Alaia, que se alejaba en manos de la bonita muchacha que la había robado, y que ahora huía, sin haber cumplido su misión de matar al viejo Rey, sin haber saciado su rencor. Y ahora la Trilliza se acercaba a su próxima dueña, a una anciana que la cuidaría por los siguientes ciento noventa años...

III
Una noche de difuntos

19 de mayo de 1456

*“Y desde ese día, su alma te guía
hacia la posada donde le conoció.*

*No beses su boca
si a media noche tú la ves,
pues si acaricias esos labios
siempre morirás de pic.”*

El anciano fumó de su pipa y saboreó el humo que entró delicioso por su garganta. Esa noche en la vieja taberna no sólo estaban los de siempre. El lugar estaba casi a oscuras, con velas sobre las mesas, la mayoría de ellas vacías, y en la gran chimenea el fuego calentaba. El muchacho llevaba ahí un pequeño rato, sentado en la barra bebiendo una pinta de vino caliente, con tres vacías a su lado. Desde lo lejos, en una esquina, el anciano lo observaba, saboreando ese humo delicioso. De un momento a otro entraría por la puerta una persona extraña, extranjera, que trataría de desvelar por fin el misterio. El anciano, embriagado también, sorbió de la pipa una vez más, en eso, que la puerta de la taberna se abrió, y todos miraron a quien entró. Llevaba una larga gabardina marrón y ocultaba su rostro bajo un sombrero de ala ancha, sobre éste, una pluma negra bien izada. Caminó con paso firme, y sus duras botas sonaron llamando la atención sobre la madera. El muchacho ni se

giró a mirar a aquella persona extranjera, sino que bebió de su pinta, como si no le importara su extraña presencia. Los pasos sobre la madera continuaron hasta la esquina oscura donde se sentaba el viejo y tratando de no hacer ruido con la silla, se sentó a su lado, en buena posición para observar la barra. Ni se quitó el sombrero ni la gabardina, y su rostro quedó oculto por completo. El viejo, sin dejar de mirar al muchacho que bebía en la barra, sopló sacándose de dentro ese humo delicioso, y habló pausadamente.

- Es aquél, el de la barra.

- Lo supuse.- La voz se había hecho esperar, pero al final había sonado incluso dulce.

El viejo, al escucharla, dejó de mirar al muchacho y miró a quien había hablado y se ocultaba.

- ¿Esperabais a caso a un hombre bajo estas prendas para resolver vuestro gran misterio?

- He de admitir que sí.- La voz del viejo carraspeó.

Su acompañante se quitó por fin el sombrero, mostrando su hermoso rostro. Era una mujer de mediana edad, pero bien cuidada. En su cara se leían el cansancio y la experiencia, pero bajo toda esa capa se entreveía a una bonita chica. El cabello le caía rubio y lacio hasta perderse en el interior de la gabardina, y el viejo por fin pudo ver el azul cautivador de sus ojos.- Mi nombre es Allegra Libonatti.

- No quiero dudar de vos, por supuesto que no, pero me temo que vuestro cometido aquí será arduo.

Confío en que podáis cumplirlo, seáis un hombre o una mujer.

Ella, entonces, sacó un papel mal doblado y sucio, y lo abrió sobre la mesa, junto a la vela para poder mostrárselo al viejo. Sobre él se veía la cara de un hombre dibujada, y debajo, un nombre seguido de una nota que decía así:

“La última vez que fue visto rondaba este pueblo, y ahora lo buscamos. Por favor, a quien pueda saber de su paradero, no sabemos nada de él y su pérdida ha sido muy dolorosa. Rogamos a quien lea este cartel, que nos ayude a encontrarlo”.

Lo firmaban tan sólo como “*Esposa e hijos*”.

- Habladme de estos hombres. ¿Qué fue de ellos?

- Todos desaparecieron, a lo largo de mucho tiempo. Uno a uno fueron desapareciendo...- Su voz sonó desesperanzada.

- ¿Sin más? ¿Nunca más se supo?

- Sin más.

Tras un silencio, ella habló.- ¿Y cómo sabéis que esta noche él desaparecerá?

- Porque...- Se detuvo un instante, mirando de nuevo al chico.- Porque es la noche de los difuntos.- Al ver que ella guardaba silencio, continuó.- Celebramos la noche de los difuntos desde hace largo tiempo, en las noches que no hay luna, como recordatorio de una gran guerra que hubo, donde tantísimos de los nuestros cayeron.- Hubo otro silencio.- Me he dado cuenta de que

hay un patrón en las desapariciones. Todas ellas ocurrieron en una noche de difuntos.

Ella dejó de mirar al muchacho, y miró al viejo. Las arrugas de su cara mostraban cuánto sabía tras una larga vida.- Hoy descubriremos el misterio.- Dijo.

Ambos dejaron de mirarse, advirtiendo una nueva presencia en la taberna. Por las escaleras bajaba una bonita muchacha, llevaba una larga falda ocultando esas piernas de sueño y una blusa blanca. Su piel oscura, su cabello rizado y largo, y esa carita... Era muy hermosa. Ella caminó despacio mirando al chico de la barra, hasta llegar a él y sentarse en un taburete. El chico ni la miró, sino que volvió a beber de su pinta de vino caliente. La escena se alargó unos instantes, el viejo y la extranjera observaban desde una esquina a la bonita muchacha mirando al chico, que por fin dejó su pinta vacía sobre la barra, y se giró como sin importancia hacia ella. Quedó atónito, los tres lo notaron. Sus ojos se abrieron al verla, y hasta una sonrisa deseosa se asomó. Estaba completamente borracho.

- Hola.- Su voz sonó tan melodiosa... El chico sintió un escalofrío.

- Hola...

Casi no se oyeron las voces. Ella sonrió, y él la imitó, avergonzado.

- Te llevaba observando un rato...

- ¿A mí?

- Sí,- Dijo ella.- desde allá arriba.- Y señaló la escaleras de donde había venido.- Te he visto y he sabido que eras tú.

Él, al ver que dejaba de sonreír, también se puso serio.- ¿Yo? ¿Quién soy?

- Tú. Eres tú. Lo sé.- Y sin poder evitarlo, se lanzó hacia él abrazándolo.

- Un momento...- Los dos se abrazaron. Ella era preciosa, y la tenía entre sus brazos. No sabía qué hacer, pero ahí estaban los dos. Al oído, ella le susurró unas palabras:

- Acompáñame, ven conmigo y no te me vuelvas a marchar, jamás...

Se separaron. Ella se dirigió a la puerta sin soltarle, pero él, asustado, la rechazó y quedó quieto. Aun sentado en su taburete, sintió a sus piernas, tiritando...

- ¿No vienes conmigo...?

- No puedo... Lo siento.

Ella se le acercó, tanto que él olió su fragancia, y de nuevo le susurró al oído:

- Yo me voy a mi casa, ¿te vienes o te quedas...?

Se dio la vuelta y anduvo hasta la entrada. En ese breve tiempo hasta que llegara a la puerta de la taberna y se girara a esperarle, él sintió sus piernas tiritar como nunca lo habían hecho en su vida. Al verla allí, tan increíble, se levantó del taburete y caminó hasta la puerta.- Espera.

- ¿Vienes?

- No puedo, de verdad...- Lo dijo en voz baja, ya ambos en la entrada.

- Yo me tengo que ir ya, lo siento, es la hora...

- ¿La hora? No puedo, de verdad...

Ella se giró y salió por la puerta, marchándose de la taberna e internándose en la noche.

- Espera... ¿Quién eres? ¿Qué horas es?- Él aun esperaba en la puerta cuando la vio detenerse, reacción, tal vez, a las preguntas formuladas.

Llovía en la noche ya entrada y una ligera niebla se elevaba a escasos centímetros del suelo. Junto a la puerta, a resguardo bajo el tejado de la taberna, que sobresalía lo suficiente, había un hombre tocando una bandurria, enérgico. Vestía un pantalón gastado y una camisola andrajosa de cuadros azules. Tenía el pelo largo y sucio, y su voz cantaba embriagada algo que sonaba así:

"Eres más puro que el aire que corre por las calles de Santiago..."

Sus palabras se alargaron cuanto pudieron al escurrirse por su garganta, siguiendo el ritmo de su música, de su agonía, y cuando cesaron, éste abrió los ojos y vio a la hermosa muchacha, que se había parado a escasos metros. Abrió aun más los ojos y, en absoluto maravillado, sino horrorizado, se levantó y corrió al interior de la taberna. Al cruzar la puerta golpeó al chico y éste pudo oler las incontables jarras de cerveza.

Ignorando al indigente, se aproximó a ella, hasta donde lo esperaba en el camino, que a pocos metros se internaba en el frondoso bosque, y cuando él la alcanzó, le repitió:- Dime, ¿quién eres? ¿Y qué hora es? ¿Qué ocurre?

Ya a oscuras, solos, ella le susurró por tercera vez:

- Es la hora en que las brujas toman el té...

Quedaron quietos y en silencio. Comenzaban a mojarse, pero no les importó.- Ven conmigo...- Le tomó del brazo, y él cedió, sintiendo de nuevo sus piernas tiritar.

Juntos caminaron bajo la lluvia siguiendo el camino que se internaba en el frondoso bosque. Ella andaba cogiéndole cariñosamente el brazo, conduciéndolo en la oscuridad. Justo antes de que al chico se le acostumbrara la vista a la penumbra de la tormenta, ella se detuvo, y se acercó a un lado del camino, donde un pequeño sendero comenzaba. A él le pareció tenebroso... Del brazo, le condujo hacia dentro, pero la paró.

- ¿Pero a dónde me llevas...?

- Ya te lo dije, a mi casa... Ven conmigo...

- Es que no me puedo creer que esté pasando esto...

Ella le tomó el brazo de nuevo, adentrándose un poco en el pequeño y tenebroso sendero, y tras un eterno instante, lo besó.

Qué beso tan increíble... El chico sintió sus piernas tiritar, incluso más que cuando estaba en la taberna, sentado en aquel taburete.

- Ven conmigo.

Y ambos se internaron en el pequeño y tenebroso sendero.

Ese debía ser el bosque más frondoso en que había estado. El tenebroso sendero descendía montaña abajo, como trazado hacía largo tiempo, un paso entre las montañas... Los árboles, enredados entre ellos, formaban

una bóveda impenetrable a la luz azulada de las estrellas de aquella noche sin luna, pero, en aquella de tormenta, ni los relámpagos podían colarse entre las retorcidas copas de los árboles, y la oscuridad era tal que Allegra tenía serios problemas para avanzar. Anduvo durante un rato, comenzando a dudar si los dos jóvenes se habrían metido por semejante lugar, cuando de pronto vio una tenue luz entre la espesa maleza. Difícilmente se adentró entre los árboles retorcidos, agachándose o trepando, como una gran red, una barrera natural que ocultaba a los dos jóvenes. La humedad era tan fría que ella sintió un fuerte escalofrío en forma de espasmo. No sentía miedo, pero aquel bosque era como extraído de un cuento de terror. Avanzó sintiendo al bosque impedirsele, las ramas estaban por completo recubiertas de un moho que desprendía un olor especial, como agrio y pesado, y sintió que le costaba respirar. A pesar de la oscuridad, pudo ver su propio vaho.

De pronto, un largo chillido.

Había sido una chica, ¿sería la de la taberna? No había sonado asustada, sino como enloquecida... Provenía de la luz, seguro. Mas rápido, atravesó la maleza, primero vio una cabaña en el centro de un claro, y junto a ella un pequeño pantano, más allá el bosque se cerraba de nuevo y nada se veía... En cuanto llegó al claro, la luz que iluminaba a través de una ventana se apagó, dejándolo todo a oscuras otra vez. Ella corrió rodeando la casa hasta dar con la puerta, al pie del pantano, estaba entornada... Allegra, muy despacio, la abrió, y ésta chirrió hasta golpear con la pared. Entró despacio y se alegró de

resguardarse de la lluvia, pero ello le pesó menos que la incertidumbre sobre lo que encontraría...

Todo oscuro, nada se veía. Entró a tientas. En el suelo había alguien, al menos una persona, y no se movía... Dio con una antorcha, aun caliente, sacó su yesca y pedernal y en un momento la encendió.

La única habitación, que formaba toda la cabaña, era pequeña y cuadrada, con una mesa a un lado y una chimenea apagada, llena de telarañas. En el centro, en el suelo sobre una raída y vieja alfombra, ahora manchada, estaba el chico de la taberna. Tenía la camisa abierta y el pecho abierto, desgarrado... Nadie más había.

Ella, veloz, corrió afuera, pero nada. Las aguas del pantano quietas, el bosque, siempre ocultando su secreto, parecía no esconder a nadie. Una fría brisa llevaba la espesa humedad cruzando el claro, y nada se oía, salvo la lluvia amainando. Ni un solo ruido. Nadie podría haber atravesado esos árboles enroscados sin hacer ruido... Qué bosque tan frondoso... ¿Dónde estaría ella? ¿Por dónde habría huido?

Allegra Libonatti echó un último vistazo al chico muerto sobre la alfombra empapada en sangre, su rostro reflejaba aun una expresión de horror incomprensible... ¿Qué habría sido lo último que ese chico habría visto...? Suspiró sin poder si quiera imaginarlo y marchó de vuelta a la taberna a buscar al viejo. En ese momento, a lo lejos, se oyeron las campanadas anunciando la media noche desde el pequeño pueblo. La hora señalada.

Deberían esperar a la siguiente noche de difuntos para tratar de resolver el misterio...

IV
El Árbol de la Noche Triste

3 de octubre de 1523

“Recuerda lo que aquí un día perdiste.

Yo soy el Árbol de la Noche Tiste.

Sé que tu llanto servirá

tarde o temprano

para no esclavizar jamás

al ser humano.”

Aquella noche las estrellas brillaban como nunca antes lo habían hecho. En aquella noche sin luna, sabían que debían estar pendientes de todo cuanto acontecía. El riachuelo bajaba entre las piedras grises cruzando el bosque, y su suave melodía les llegaba a los siete caballeros. Estaban allí de pie, al comienzo del tremendo bosque donde, de repente, crecían enormes árboles, altos y fuertes, inmortales. Más allá de la primera línea de aquellos árboles enormes, alcanzaban a ver un círculo de hombres con túnicas blancas. Estaban hablando, decidiendo, y aunque no podían oírles, sabían sobre qué. Unas hermosas notas que provenían del bosque se alcanzaban a oír, eran suaves, tiernas. En medio de la noche conseguían alentarlos a pesar de la oscuridad.

Los encapuchados parecían haber llegado a un acuerdo. Comenzaron a abrazarse entre ellos, el final de algún ritual antiguo. Tras los abrazos, dos de ellos se separaron encaminándose hacia los siete caballeros que aguardaban a las afueras del bosque. El resto de

encapuchados se dispersaron, cada uno perdiéndose entre la espesura en diferentes direcciones. Las dos figuras blancas se detuvieron inmediatamente después de la primera hilera de los inmensos árboles. Uno se apoyaba en un peculiar bastón en forma de retorcida raíz. El otro cargaba un extraño farol que iluminaba lo suficiente como para verles los rostros. De él salía algún tipo de humo grisáceo que desprendía un rico aroma, tal vez de las hiervas secas que ardían alumbrando. Eran dos ancianos de los cuales jamás habrían adivinado la edad. Ambos tenían una larga barba entre blanca y grisácea que caía acariciando la túnica, confundiendo con su tela. Les llamó la atención que estuviesen descalzos, aunque a penas se les veían los pies, cubiertos por la túnica ... Uno, el del peculiar bastón, levantó una mano para que se acercaran.

- El *consejo del bosque* ha decidido que seréis recibidos por el Árbol de la Noche Triste.- Tras un momento, en que sólo se escucharon aquellas notas tiernas entrelazadas con la melodía del río, el anciano terminó.- Acompañadnos.

Los nueve se internaron en el bosque. Cuando los caballeros cruzaron la primera hilera de aquellos grandiosos árboles, sintieron una brisa fresca azotarles el rostro. Ninguno de ellos habría podido abrazar un solo tranco de aquellos, eran tan gruesos que al menos tomándose las manos se habrían necesitado tres de ellos. El suelo estaba cubierto de helechos, algunos grandes y otro mas pequeños, pero tantos que no veían el suelo que pisaban. A medida que avanzaban se iban internando en

la oscuridad del bosque, sólo quebrada por el extraño farol de los encapuchados. Qué aroma...

Los siete caballeros, seis hombres y un elfo, iban ataviados con sus equipos de viaje, tras tanto tiempo recorriendo en busca de aquel lugar donde, según les habían indicado, encontrarían las respuestas que precisaban. Caminaban siguiendo a los dos encapuchados que, sin el menor atisbo de duda, parecían seguir algún sendero oculto para ojos extraños. Caminaron con paso firme entre los grandiosos árboles. Sorteándolos debieron recorrer varias millas, tras un larguísimo rato de marcha, en que nadie dijo palabra. Los siete compañeros seguían a los hombres encapuchados, incapaces por completo de regresar al linde del bosque si hubieran tenido que hacerlo. En primer lugar andaba el elfo, cuyo nombre era Molarion Khar Norad, con su blanca armadura, reluciente incluso bajo tal oscuridad, y su capa gris ondeando a cada paso. Tras él, Oggiv, el reservado guerrero que tan poco había mostrado a sus compañeros, incertidumbre que en breve sería saciada. Éste vestía ropas más livianas y también una capa, aunque más oscura, y a su cinto colgaba una tremendísima espada que era la envidia de los demás, plateada y hermosa, con incontables inscripciones en su hoja que la hacían tan admirable como a su portador. Caminando detrás, siempre erguido y con pleno orgullo, de blanca tez, como cansada por alguna enfermedad degenerativa, Lord Rodald, Barón de Avernoix, una pequeña localidad del Ducado de Pravianne, en las Corona de Tronia. Su hermosa armadura no podía compararse a la del elfo, pero en ella se

mostraba la alta cuna de quien miraba siempre al resto de soslayo, escupiendo palabras con aquella exquisita y noble arrogancia. Casi pisándole los talones le seguía Abel, un hombrecillo flaco cubierto por un hábito marrón que miraba en todas direcciones, como buscando un punto de huida rápida, o tal vez algún enemigo al acecho. En su mirada se apreciaba algún tipo de desconfianza que iba más allá de lo patológico... Tras él, guardando una prudente distancia, iba Errol, el cazarrecompensas, caminando medio agachado, cauteloso, con ambas manos en las empuñaduras de sus espadas y lanzando miradas imprevistas hacia su espalda, tal vez vigilando a los compañeros que le seguían. Ellos dos eran Sikarius y Phillip, éste apodado le Rat, los dos más jóvenes del grupo. Caminaban juntos sonriéndose de manera cómplice, sabiendo que Errol los vigilaba, y sin que ello les importara lo más mínimo. Andaban con el talante propio de quien camina por su casa en un plácido día de verano, aun sabiendo que aquella noche estaban en un inmenso bosque, que eran los últimos de la partida, y debían vigilar la retaguardia. Ahí estaban los siete compañeros, tras el largo viaje, siguiendo a esos dos hombres encapuchados avanzar por el bosque hacia el Árbol de la Noche Triste, quien les hablaría del futuro incierto que les esperaba, y de la pesada carga que debían soportar. Las terribles respuestas a las preguntas que tanto tiempo se llevaban haciendo.

Ése era un bosque secreto, muy pocos sabían llegar a él, y aun menos quienes habiendo llegado conocían la sabiduría que en su interior había. Los hombres

encapuchados pertenecían al *consejo del bosque*, un gran grupo de druidas que velaban por su secreto, guardianes del Árbol de la Noche Triste. Rara era la vez que alguien accedía al interior del bosque guiado por ellos, permiso que sólo daba el consejo por acuerdo general. El Árbol de la Noche Triste sería quien les daría esas respuestas, y todos ansiaban el encuentro. La caminata estaba resultando casi tan larga como el camino que les había llevado hasta ese grandioso bosque, cuando de pronto, al ya faltar poco para llegar a donde se dirigían, comenzó a sonar un fino canturreo. Se trataba de una bonita voz que hablaba en alguna lengua que ninguno de los siete caballeros logró entender, pero las palabras sonaban hermosas. La vocecilla entonaba a *capella* algún canto del bosque, mezclándose con los sonidos de los árboles y la brisa, como si unos se acompañaran a los otros... Tal vez era una niña pequeña. Y al fin, los nueve llegaron a un lugar donde los tremendísimos árboles no crecían: un claro redondo y pequeño donde el terreno se hallaba más elevado, en la forma de un altar. No supieron si era natural o por la mano del hombre... El altar estaba rodeado de una serie de sauces llorones que dejaban caer toda su maleza verde hasta el suelo, donde arrastraban las lágrimas de su ramas, sin permitir la visión al interior del altar, a modo de triste cortina. Sin lugar a dudas, el origen del fino canto se encontraba más allá de aquellos sauces llorones. Poco antes, al pie mismo del altar, los helechos cesaban. Los dos encapuchados no dudaron en adentrarse entre la espesura de los sauces, sin mirar siquiera atrás, a sus invitados, los cuales les siguieron no muy decididos, preciso

momento en el que el canto cesó, interrumpido indudablemente por su presencia.

Al llegar al otro lado de las cataratas verdes de lágrimas de sauce, quedaron maravillados. En el centro del claro había un árbol, no más alto que los sauces. Un árbol diferente a cualquiera de los del bosque. Estaba seco, y ni una hoja colgaba de sus ramas. Parecía resistente, como si luchara ante la muerte, habiéndola evitado por largo tiempo, aunque quedando tan sólo su esqueleto, ahí de pie, quieto y triste. Todo el suelo del claro, entre las ramas de las lágrimas de los sauces, estaba cubierto por una alfombra de tréboles relucientes que, sin querer ser una excepción, tampoco permitían ver la tierra del suelo que los ocho hombres y el elfo pisaban.

Entonces todos quedaron frente al árbol seco callados unos largos instantes, hasta que el viejo druida del bastón retorcido se acercó a acariciar la rugosa piel del tronco. Al poco se giró y habló despacio. - Nos encontramos ante el Árbol de la Noche Triste.- La voz sonó firme desde el interior de su capucha, como ocultando una gran emoción, y su rostro no fue tan perceptible como lo había sido antes. A los caballeros les dio la impresión de que estaba llorando...- Ahora él os hablará y vosotros podréis hablarle. Pero cuidado, no debéis desperdiciar su tiempo, pues es valioso. Marchad cuando el encuentro se de por terminado. Os estaremos esperando al otro lado de la cortina de sauces para guiaros en vuestro regreso.- Y se marcharon.

Al principio parecía que todo iba a quedar a oscuras, pero en lo alto, las estrellas brillaban y pronto los siete pudieron ver lo que ocurriría.

Todo estaba en completo silencio, salvo el sonido de las ramas de los sauces, que mecidas por la brisa se arrastraban en el suelo sobre los tréboles, como una lamentable melodía. Así quedaron por unos instantes, sin saber qué hacer. ¿Cómo ese árbol seco podía darles las respuestas que buscaban? ¿Por qué los druidas adorarían al más deprimente árbol de aquel gigantesco bosque? Su sola visión les causó una pena que llegaron a comprender...

Entonces, una vocecilla familiar habló desde algún lugar perdido entre las ramas del árbol.

- ¡Hola amigos! ¿De veras sois vosotros los Caballeros Elegidos de Golöel?- No vieron de donde provenía la vocecilla, pero sonaba tan dulce que algo conmovió sus corazones. En las palabras se ocultaba esa curiosidad de una niña pequeña, la inocencia de quien no sabe y quiere saber, de quien todo lo duda creyendo que conoce mucho, sumida en la gran ignorancia de la niñez.- No parecéis tan temibles como se dice por ahí..

Entonces todos la vieron. Sobre una rama alta y seca, una pequeñita hada se sentaba con las piernas cruzadas por los tobillos, vistiendo un trajecito blanco, batiendo sus alas sin ánimo manifiesto de volar, y esbozando una hermosísima sonrisa.

- Él dice que sois vosotros, pero yo no me lo creo.- Y rió sin ningún miedo por la burla lanzada, pero los caballeros no se ofendieron, sino que se maravillaron con ella.

Entonces, el hada se alzó en un vuelo veloz hacia ellos, sin tiempo para que reaccionaran, y dio un par de vueltas alrededor de cada uno, observándolos. Phillip sonrió, y ésta se detuvo un segundo en él, para después revolotear a escasa distancia frente a la cara de Oggiv.

- ¿De verdad eres tú?- Dijo, pero esta vez no sonreía.- Te estábamos esperando...- Calló un segundo.- En realidad os esperábamos a todos.- Y revoloteando volvió hasta la alta rama de donde había aparecido, y volvió a sentarse cruzando las piernas por los tobillos. Pero esta vez no les miraba, en cambio, observaba atenta al árbol seco e inmóvil.

- Él dice que sois bienvenidos. Que largo ha sido el tiempo que ha vivido esperándoos, y que ahora, aun cuando está seco y sin ánimo, os responderá a aquello que tanto le ansiáis preguntar.- Después de hablar con su hermosa vocecilla, quedó callada, esperando.

- ¿Quién sois pequeña?- Lord Rodald de Avernoix fue quien se atrevió a hablar.- ¿Y a quién os referís cuando habláis de “Él”?- Torció la expresión de su rostro en una mueca incrédula y dijo:- ¿Al árbol que aguanta triste el paso del tiempo?

Ella se tronchó de risa con lo que el caballero había dicho, llevándose una mano a la boca, como si ese gesto disimulara la carcajada.

- Yo soy Mamaollo, ¡como se le llamó a una reina de una civilización ya perdida!- Calló un segundo para volver a reír.- Y sólo os interpreto lo que me dice el Árbol de la Noche Triste,- Al decir esto acarició la corteza del viejo árbol.- pues cansado ya, ha perdido la voz que le

permitía hablar vuestra lengua. Pero descuidad amigos, os escucha y entiende, y la mía será la voz que ahora os transmita sus palabras.- De nuevo, silencio.- Podéis formular sin temor las preguntas cuyas respuestas buscáis. En lo posible se os serán contestadas.

¿Y ahora? Los siete quedaron callados. ¿Por dónde podían empezar? Se miraron entre ellos, como buscando un portavoz para sus palabras. El hada volvió a sonreír al verles vacilar tanto, y batió sus alas y bailoteó con sus tobillos, sin llegar a alzarse en vuelo.

- Pero dime, pequeña, ¿será ese árbol quien nos explique lo que está ocurriendo?- La voz de Lord Rodald de nuevo, esta vez no tan firme, sino dubitativa, temerosa.

- ¿Ese árbol...?- Se burló ella imitando la voz pomposa del Barón, tras lo cual volvió a reír. - El Árbol de la Noche Triste no es un árbol cualquiera... El Árbol de la Noche Triste está aquí para responderos.- Calló un instante.- Él fue una vez un hombre... Un joven chiquillo que tocaba el laúd con gracia, pero que aspiraba a ser mucho más grande, sin poder alcanzarlo por sí solo. Una vez, ante su frustración, una voz le habló áspera, ofreciéndole una confianza de alto valor. Se trataba de un poderoso demonio del que más adelante hablaremos: Golöel. Pero aquel chiquillo que tocaba el laúd, en lugar de asustarse de él, le pidió que le permitiera tocar una melodía imposible, y Éste se lo permitió, a cambio de su alma... ¡El chiquillo había vendido su alma al demonio! Entonces se convirtió en el trovador más famoso de su tiempo, y rondó por todo el viejo continente cantando y tocando su laúd con desdén, sabiendo que ahora era el

mejor. Su nombre fue muy grande, estoy segura de alguna vez oísteis hablar de él...

“El caso es que cuando ese chico se hizo un hombre, y después un viejo y su corta vida se terminaba, el gran demonio lo requirió otra vez con su áspera voz, pues su alma de trovador le pertenecía. Y así es como aquel hombre, que tocaba magníficamente el laúd, murió aquí mismo y su alma se transformó en este gran árbol, que os ha estado esperando por largo tiempo...

“Su único cometido, para lo que el demonio precisó su alma, era para hablaros aquí, y ahora. Esta noche.

Sus palabras habían sonado bonitas, pero... El final del relato había resultado más escalofriante. Toda una vida dedicada a ese momento. Un mensaje de un demonio...

Había llegado el momento de las preguntas, ahora todos lo sabían.

- ¿Qué ocurrió en el monasterio?- Dijo Lord Rodald decidido.

Tras una pausa, ella contestó.- ¿Qué recordáis del monasterio? Decidme...- Con su bonita voz no sólo les inspiraba confianza, sino además les mostraba esa complicidad que necesitaban. Ella no había estado aquella noche que no acababa en el monasterio, hacía ya varios meses atrás, ¿cómo podía saber nada? Los siete caballeros habían sido enviados a un encargo por un sacerdote, de nombre Melquíades, y extraviados habían terminado en un

monasterio en una dura noche de tormenta, donde entraron a refugiarse, sin tardar en darse cuenta que allí dentro ocurrían extrañas cosas...

- Aquellas monjas...- El Barón parecía tartamudear, como si el recuerdo le horrorizara.- Eran demonios. Pasamos la noche entera intentando huir de aquel lugar, sin conseguirlo.- Se llevó la mano a la cara, consternado.- Fuimos cayendo uno a uno...

- Yo fui el último.- Molarion Khard Norad, el elfo de la blanca armadura, había dado un paso al frente. No era alguien de muchas palabras, pero él sabía que aquél era el momento de las respuestas.- No pude cuidar de ellos, ¿cómo cargar con los seis? Deambulé por el monasterio toda la noche, la tormenta no arreciaba... Hasta que di con... Con Ella.- Las estrellas parecieron parpadear un momento, pero de nuevo su luz azulada lo bañó todo.- Ella me derrotó. Los tenía a todos encadenados, al suelo. Recuerdo el ritual. ¡Tenía hasta a la niña encadenada! Ese cántico... Su voz estridente... No puedo dejar de escucharla en mis pesadillas.

- Sí. Sé a quién os referís. La Madre Superior de la Orden de Golöel.- En la bonita cara del hada asomaba una expresión de miedo que no trataba de disimular.- Ella os introdujo al demonio dentro.

Los siete escucharon sin entender. ¿Ella les introdujo el demonio dentro?

- ¿Qué queréis decir, pequeña?- Dijo Lord Rodald.

- Aquella noche que pasasteis en el monasterio, y que cambió vuestra vida... Ha sido llamada, desde hace

mucho tiempo, antes incluso de que nacierais, la Noche del Advenimiento. La noche en que nacerían los Caballeros Elegidos de Golöel: Vosotros.- Nadie supo contestar.- El ritual... ¿Dejó en vosotros alguna marca apreciable a simple vista?

Todos asintieron.

- Una especie de tatuaje.- Dijo el Barón.- Alrededor del ombligo.

- Parece la marca del demonio.- En las palabras de Abel, el clérigo, se apreció el tono horrorizado con que había hablado.

El hada escuchó, tal vez atenta a lo que decía el árbol. Pero antes de hablar, Lord Rodald continuó.

- Al despertar estábamos lejos de allí. La Orden de la Espada Virtuosa no había rescatado...

- Llegaron tarde.- El hada lo miró apiadándose.

- ¡Ni siquiera nos juzgaron! Melquíades, nuestro propio hermano, maestro y compañero quería ahora mandarnos a la hoguera.

- Un auto de fe con nosotros... Como con esos sucios rastreros. Nos han rebajado a su nivel...- Abel hablaba con rencor. Él mismo había sido aprendiz de Melquíades, quien ahora los perseguía en nombre de la Inquisición.- Pero no nos dejaremos dar caza.

- Lo comprendo,- Dijo ella con rostro afligido.- pero también los comprendo a ellos, pues llevan razón.- Los caballeros no contestaron con palabras, pero sus expresiones hablaron con firmeza.- No mal entendáis al Árbol de la Noche Triste. Su papel en esta historia tan sólo es daros respuestas. No debéis temerle...

¿Qué significaba eso? ¿Debían tranquilizarse?
¿Cómo iban a hacerlo? ¿Qué significaba todo aquello que
estaban escuchando? ¿Era algún tipo de broma o juego
macabro?

- Todo lo que os está ocurriendo responde a un
plan trazado hace tiempo... Hace mucho tiempo.- El hada
calló un instante para meditar sus siguientes palabras.-
Hace unos doscientos cuarenta años que terminó la gran
guerra, aquella a la que llamaron la Guerra de la Roca.
Todos habéis oído hablar de ella.- Esperó a que
asintieran, cosa que hicieron todos salvo el elfo.- En ella,
los habitantes del mundo de aquel entonces debieron
defenderse de la ira de los Siete Resentidos, terribles
demonios que lo devastaron todo. Los poderosos demonios
plantaron cara a las alianzas de los valientes hombres,
elfos y enanos, hasta que uno de ellos, por nombre Golöel,
decidió traicionarlos y formar un frente independiente.
Así hubo tres bandos en la guerra. Gracias a eso, a sus
peleas internas, pudimos derrotarlos. Pero Él era el más
fuerte, y jamás logró ser expulsado del mundo. Fue el
último en caer, y su cuerpo inmaterial fue hecho preso en
el interior de una gran roca, atado por una runa mágica...-
Hizo una pausa para que los caballeros asimilaran tales
conocimientos de la historia.- Y allí sigue preso desde
entonces, a la espera.

El hada saltó en un vuelo repentino, exaltada y
nerviosa, y dio varias vueltas al árbol seco, entrelazando su
camino con sus tristes ramas. Sin llegar a sentarse, sino
aun revoloteando, pero más próxima a ellos, continuó.

- Todo se guardó en secreto. La prohibición de no hablar de ello, y sobre todo de no revelar el lugar donde la Gran Roca se encontraba se cumplió a raja tabla. O casi... El Rey enano Ithrik, que descansase en su tumba de piedra, forjó tres espadas idénticas con las esquiras del metal utilizado, junto con los restos que sobraron de la Gran Roca, al trazar la runa mágica sobre la piedra. A estas espadas se las llamó las Trillizas.- Esto último lo hizo mirando fijamente a los ojos de Oggiv, el cual se dio por aludido, sin entender.- Además, escribió tres grandes libros, los Tres Grimorios, donde se contaba toda la historia referente a la gran guerra, al final de Golöel, a esa última batalla, y a la Gran Roca. Incluyendo su secreto paradero.- Hizo un par más de piruetas en el aire, embriagada por la emoción del relato.- Cada una de las Trillizas y de los libros fue entregado entonces a cada uno de los grandes héroes que habían dirigido a los ejércitos en batalla. La Trilliza Siglaia, fue entregada al Rey Tirian de Eleanor, Señor de los elfos, que también descansase en su lecho eterno. Alaia fue entregada al héroe Belean, uno de los hombres más valientes que hubo, y de los más despreocupados... E Íkaia, la cual guardó por largo tiempo el mismo Rey Ithrik, de los enanos, quien las forjara, hasta que también fue robada... Así mismo a cada uno se le entregó uno de los Grimorios.

Ahora sí, calló y respiró cansada tras la parrafada. Revoloteando regresó a su rama del árbol, donde se sentó a descansar. Tras un largo silencio, continuó hablando con su bonita vocecilla.

- Los tres recibieron el encargo de separarlas y evitar que jamás fueran reunidas, pues sólo con las tres juntas podría liberarse al demonio preso en la Gran Roca.- Se encogió de hombros.- Y así se forjó la Leyenda de Golöel, que dice que algún día, ya cercano, me atrevo, serán reunidas y fundidas para tapar la runa mágica que le retiene preso.- La expresión de su rostro cambió al decir lo siguiente.- Por ello estáis aquí. Ha llegado vuestro papel en la historia. En la leyenda...

¿Estaban entendiendo bien? Tras la gran guerra, tres espadas que se habían separado, y el lugar donde el demonio aun estaba preso había quedado oculto. ¡Hacía más de dos siglos! ¿Qué tenían que ver ellos con todo aquello?

- Así fue, los tres héroes de la gran guerra separaron a las Trillizas, y con el tiempo se perdieron. Pero antes, durante la primera noche tras la victoria, el héroe Belean, conoció a una linda muchacha. Aquella fue una bonita y feliz noche, y ambos se dejaron llevar por el momento. Hicieron el amor apasionadamente, pero sólo uno de ellos seguiría pensando en el otro después. Ella no fue recordada en las crónicas, pues su encuentro fue breve y todos lo pasaron por alto. El nombre de la muchacha fue Kelpie.- Hizo una pausa, para que todos asimilaran bien ese nombre.- Ella quedó totalmente prendada de él, hasta el punto de caer en una obsesión que le llevaría la vida. Belean no sólo había dejado su semilla en ella, pues quedó encinta, sino que, irresponsablemente, le contó el secreto tan bien guardado: dónde se encuentra la Gran Roca...- Otra pausa, por la relevancia de lo revelado.

“Todo quedó ahí para ellos, de momento. Los tres héroes se separaron, regresando cada uno a sus hogares. El Rey elfo regreso a sus lejanas tierras, más allá del mar, y luchando con la Trilliza Siglaia en la mano, fue derrotado en batalla, contra los malignos elfos oscuros. Ahí se le perdió el rastro por un tiempo a la espada. Pero la espada regresó hasta el viejo continente... Siglaia naufragó en el barco pirata que la transportaba, y una sirena llamada Tai dio con ella en el fondo del mar. Ella, maravillada con la espada, cruzó el Gran Océano acercándola a su destino. Y no por casualidad terminó en las manos del héroe Belean, que aun tenía a Alaia en su poder. Con ambas Trillizas, el poder de Belean fue inmenso y así logró derrotar a los sarracenos, que por aquel entonces invadían sus tierras. Tras aquella guerra, se fundó el Reino de Himn, muy al sur de aquí.- Al ser nombrado el lugar, Oggiv sintió su corazón acelerarse. El hada no dejaba de mirarle, y todos se habían dado cuenta, mirándolos a uno y a otro, como si los dos guardaran algún secreto no confesado.

- Sí.- Continúo ella.- El Rey Reconquistador de Himn, se le llamó a él, y su linaje aun dura en el trono de aquel próspero reino.- Ahora hizo una pausa, mientras Oggiv asentía. Los seis caballeros restantes no comprendían su complicidad.- Pasado el tiempo, el Rey Belean se reunió con el Rey Ithrik en la insigne Ciudad-Estado de At-Lanthas, para festejar el cincuenta aniversario del fin de la guerra. A la celebración estaba también invitado el Rey Tirian de los elfos, pero este no acudió, pues había muerto. En su lugar, fue mandada una partida diplomática encabezada por su nieto Tarion,

príncipe de Eleanor, hijo de Alkar. Se cuenta que cuando el Rey enano se enteró de la muerte de su amigo elfo, lloró tristemente, temiendo además por la desaparición de la Trilliza. ¡Pero cuál fue su sorpresa al descubrir que el Rey Belean tenía las dos Trillizas en su poder! O eso pensaron...

“Cuando el rey mandó buscar las dos Trillizas, que en aquel momento eran conocidas como las Espadas Gemelas del Rey Reconquistador...- Calló sin querer al ver la expresión de asombro de Oggiv.- Sí, caballero, las Gemelas no eran más que dos de las Trillizas.

- No...- Dijo él consternado.

- Sí, me temo.- La bonita y diminuta hada se encogió de hombros.- Déjame terminar, amigo.- Él asintió.- El Rey Belean mandó traer las dos espadas, ¡pero alguien había entrado en sus aposentos y había robado una de ellas!- Otra pausa.- Alaia, la Trilliza había desaparecido. En aquel momento el Rey enano Ithrik enfureció, e insultó a ambos dos por su necedad. El peligro que ahora existía, tras la desaparición de una de ellas, era inmenso. ¡Con las tres podría ser liberado el demonio!

“Nadie comprendió entonces porque tan sólo una de las Trillizas que poseía Belean había desaparecido, y no las dos...

- Pero no puede ser... El legado de mi familia. Es todo una mentira.- Dijo Oggiv.

- No, amigo, no fue una mentira. Belean fue una gran héroe y un gran Rey. Él expulsó a los bereberes de

sus tierras y fundó el basto Reino que ahora tú y tu hermano os disputáis.

Todos lo miraron sin comprender en absoluto. Ella, al darse cuenta, habló.

- Permittedme que os explique. Oggiv, aquí presente, pertenece directamente al linaje del Rey Belean. Es aspirante el trono de Himn, junto con su hermano gemelo. Su padre, el ilustre Rey Böredar, los ha retado a ambos a encontrar las Espadas Gemelas con que su pariente lejano Belean fundara el Reino de Himn tanto tiempo atrás.- Sin dejar de mirar al caballero Oggiv, continuó.- Tu padre no te ha mentido. Él creía que sólo eran dos y no tres las espadas, porque Belean nunca lo reveló.

Él asintió, complacido, aunque dudando.

- Y aquí estás, buscando la otra espada.- De nuevo todos lo miraron.- Daos cuenta que las espadas quedaron para la leyenda. Un antiguo e ignorante pariente tuyo, al casar a una de sus hijas con el conde de Náledir, en el año mil cuatrocientos diecisiete, le entregó a éste, como regalo de bodas, a Siglaia, la Trilliza.

Ahora todos se sintieron parte del relato, y Oggiv se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

Unos meses atrás, antes de haber ido a aquel monasterio que los había condenado a entrar en esta historia, habían visitado Náledir, un islita frente a la costa de Pravianne, como primera misión a la que Melquíades los mandaba. Allí debían apresar al conde de Náledir, un presuntuoso noble acusado de hereje. La misión había sido un éxito, tras la cual fueron enviados al

siguiente encargo, llegando al monasterio. Pero en Náledir, Oggiv había tomado la espada del conde como triunfo personal, sin que al resto les importara demasiado. Se trataba de una bellísima espada, con incontables inscripciones en su hoja, tan desconocidas como hermosas. Era un arma formidable. Era Siglaia, la Trilliza. Cosa que ahora Oggiv estaba descubriendo, pues hasta entonces él pensaba que se trataba de una de las Espadas Gemelas de Belean, y que le pertenecía por derecho legítimo, por linaje, por sangre. Si las reunía a las dos se haría con el trono, y ya tenía a una... Pero, ¿qué pasaría ahora, sabiendo que no eran dos sino tres? Las Trillizas.

- Oggiv, la tuya es una causa perdida. Ahora debes llevar a cabo una nueva empresa, que no es reunir a dos espadas, sino a tres. A las Trillizas.- Ahora miró a la espada.- Tienes a Siglaia en tu poder. La tenéis todos. Y debéis encontrar a Alaia y a Íkaia para liberar a Golöel. Ése es vuestro verdadero cometido en esta historia. Vuestro papel.

- ¿Y por qué íbamos a querer liberar al demonio? Eso sería terrible...- Había hablado Abel, el clérigo.

- Porque lleváis dentro el demonio que os introdujeron en el monasterio, y sólo Golöel puede liberaros de él. Vuestra única opción es hacer un pacto con él. Ante la Gran Roca, podréis saber qué será de vosotros. Pero para ello necesitáis las Trillizas. A las tres.

“Vuestra naturaleza está cambiando, eso lo habéis notado todos... Es por el demonio interior que lleváis, como una pesada carga, y que terminará por gobernar

vuestra alma, perdiéndoos en la sed de guerra... No tenéis escapatoria. Ya no hay vuelta atrás. Vosotros sois los Caballeros Elegidos de Golöel de los que se habla en la Leyenda. Los que liberarán al Demonio Resentido. Es vuestros sino.

Quedaron todos en silencio, demasiada información para tan poco tiempo... Hasta que uno de ellos, Errol, el cazarrecompensas, habló con voz firme.

- ¿Y dónde podemos encontrar las otras dos espadas?

La bonita hada se temía aquella pregunta que sabía que llegaría. Era algo inevitable. El Árbol de la Noche Triste lo sabía, la Leyenda debía cumplirse. Iba a cumplirse.

- Íkaia, la Trilliza que el Rey enano Ithrik guardó, fue robada de sus arcas hace mucho, y como siguiendo un camino enroscado, se está acercando a vosotros, en manos de algunos que desean la Leyenda. Será tu hermano el que te la traiga, creyendo que empuña a una de las Gemelas, y no a una de las Trillizas. Deberás derrotarle, Oggiv.- Volvió a encogerse de hombros.

“Y Alaia... Como os dije fue robada durante las celebraciones del fin de la guerra. Belean la perdió y nunca llegó a saber cómo. Pero está en un lugar, esperándoos. Fue una chica quien la robó. La nieta de Belean. Él había dejado encinta a Kelpie durante aquella única noche en que estuvieron juntos, y ésta tuvo una hija. Una bonita niña que creció escuchando las historias de su abuela, que obsesionada, tan sólo hablaba de Belean, el héroe que le había amado una noche y que, según la anciana, algún día

regresaría... Ese día no llegó jamás. Y cuando Kelpie estaba a punto de morir, Belean fue a At-Lanthas, y allí la nieta de ambos se decidió por vengar a su abuela. Pero dispuesta a matar al Rey, tan sólo logró dar con Alaia. Ella recordaba la descripción que su abuela Kelpie le había hecho de la espada, y pensando que al menos con ella calmaría el recuerdo de su abuela, la robó.

“Entonces le llevó a su abuela a Alaia, la Trilliza, y a la muerte de ésta, poco después, fue enterrada con ella. Alaia se encuentra en al tumba de Kelpie, junto con sus huesos.

- ¿Dónde la encontraremos?

- No sé dónde está la tumba. Pero sé cómo encontrar a Kelpie...- Entonces el hada saltó en vuelo y dio varias vueltas alrededor suyo, hasta permanecer suspendida en el aire batiendo velozmente sus diminutas alas, frente a ellos, y con una expresión en su rostro de gran interés. Iba a confesarles la solución de todo el cuento...- Hay una leyenda, en un pequeñito pueblo, donde durante largo largo tiempo se han ido sucediendo desapariciones de hombres. Tan sólo hombres. La leyenda dice que por aquellos parajes habita un espíritu, el fantasma de una mujer que busca a su amado, que lo espera más allá de la vida, y creyendo reconocerlo en otros hombres, los seduce y se los lleva para hacer el amor con ellos. Entonces, al darse cuenta de que no son el hombre a quien ella espera, de quien está terriblemente enamorada, a quien ama y odia tanto a la vez, los mata despiadadamente.

“La leyenda es cierta. Esa mujer es Kelpie. Y debéis encontrarla, pues ella tiene a Alaia, la Trilliza, y os dirá dónde está la Gran Roca donde Golöel está preso. Lugar al que deberéis dirigiros.

- ¿Dónde encontrarla?- Dijo Oggiv con renovado interés. Toda aquella información aun estaba por ser asimilada, pero al menos ya sabía donde encontrar la otra de las espadas que le pertenecían por derecho legítimo. ¿Debía abandonar su esperanza y fundir las espadas en la Roca para liberar a Golöel? Con ello perdería la oportunidad de regresar y obtener el trono.. La única solución sería matar a su hermano. Una fiebre de ansia asomó a su boca, y agarró aun más fuerte la empuñadura de Siglaia, la Trilliza. Su nombre recorrería las páginas de las crónicas, sería recordado en el tiempo...

El hada volvió volando hasta su asiento sobre la rama del árbol triste y seco.- Para encontrarla, debéis hallar primero el único de los Grimorios que el Rey Ithrik escribió y aun se conserva. El que entregó al Rey elfo se perdió cuando éste murió y se cree que lo tienen los despiadados elfos oscuros... Esto podría ser terriblemente peligroso.- Se encogió de hombros otra vez, como si eso no fuese con ella.- El entregado a Belean fue quemado en la hoguera hace ya algún tiempo por ser considerado hereje. Los hombres tratáis así las cosas, dominados por el miedo preferís cerrar los ojos y quemar el conocimiento antes de estudiarlo y poner remedio... El libro se perdió. El único al que tendréis acceso es el que guardó el Rey enano, y que se encuentra en alguna de las profundas cámaras de la

fortaleza de Krogh-Orn, en las altas Montañas del Anochecer, los Reinos Enanos...

Los caballeros habían quedado consternados. ¿Cómo podía ser todo eso cierto? ¿De verdad llevaban un demonio en su interior? Ahora comprendían la persecución de Melquíades, quien había sido su amigo y maestro...

Oggiv, el reservado caballero que había aparecido un día como cualquier otro en Pravianne y se había unido a los otros seis en su largo viaje, había resultado ser un príncipe. Éste, a sabiendas de la pesada carga, se llevó los dedos de una mano al tatuaje que rodeaba su ombligo, y lo acarició sin dejar de mirar el viejo y triste árbol seco, mientras mantenía la otra mano en la empuñadura de su hermosa espada, Siglaia, la Trilliza.

No tenían opción. Las preguntas habían sido formuladas y contestadas. Ahora debían enfrentarse al destino. Sólo podían intentar lo que Mamaollo, el hada que hablaba en voz del Árbol de la Noche Triste, les había dicho. Debían buscar a las otras dos Trillizas, a Alaia e Íkaia, y dirigirse a la Gran Roca para que Golöel les liberara de la pesada carga, del demonio interior... La leyenda iba a cumplirse. Ellos liberarían al Demonio Resentido.

Y el primer paso sería buscar a Kelpie...

Se despidieron uno a uno de la bonita hada, la cual los dejó marchar con una bonita aunque triste sonrisa.

- No temas Oggiv, príncipe de Himn. Ahora albergas tal poder en tu interior, que tu hermano gemelo

no será rival para ti.- Asintió para dar fiabilidad a sus palabras. Ahora hablaba por ella, y no por el viejo árbol.- Pero ten cuidado en cómo utilizas semejante poder... En tu camino está el desatar una terrible tormenta. Te deseo la mayor de las fuerzas para saber lograrlo.

El joven se limitó a asentir, lo que le sirvió tanto de respuesta como de despedida. No tenía palabras. Todo había parecido un sueño, un bonito sueño si la información revelada no fuera tan terrible... Ella permaneció sonriéndole sentada sobre la rama seca de aquel triste árbol cuando se marchó. Desde ahí, con las piernas cruzadas por los tobillos, tan hermosa, les vio cruzar la triste cortina que formaban las lágrimas de los sauces. Y cuando el último de ellos se marchó, el caballero Oggiv, desde el interior del claro, desde más allá de las ramas que caían hasta el suelo ocultándolo todo, se volvió a escuchar su voz, su fino y lindo canturreo. Qué bonitas pero incomprensibles palabras... Esta vez se trataba de una melodía triste, y ellos llegaron a intuir que versaba sobre los Caballeros Elegidos de Golöel y su terrible destino...

V
La Dama del Amanecer

3 de agosto de 1524

*“¿Dónde estás? Mi amor, ¿dónde estás?
Sin ti no puedo morir.
Sin ti vagaré.”*

El guerrero cerró tras de sí la puerta de la taberna, y sin aventurarse más allá del tejadito que cubría, escrutó la tormenta, como esperando ver aparecer algún fantasma por ese camino oscuro que se perdía hacia el interior del bosque. La lluvia caía incesante, empapándolo todo y elevando del suelo una humedad que olía especialmente bien en la nariz del valiente príncipe. Miró hacia el cielo, a sabiendas de que no encontraría a la luna, pero con una incrédula esperanza de ver alguna estrella... Sólo los nubarrones negros se veían sobre su cabeza, sobre el mundo. Un mundo que esa noche cambiaría tras el encuentro que estaba a punto de producirse. Él lo sabía, y lo aguardaba nervioso, a pesar de que nada se le notaba. Eran esos nervios de acero que todo guerrero tiene ante cada batalla, y que con aplomo se fuerzan a la calma, pues nada evitará lo que ya ha estallado. Esta vez en lugar de interminables filas de enemigos dispuestos al combate, el príncipe esperaba

encontrarse a una única mujer. Una mujer que se hacía esperar. No sabía cómo era, ni cómo vendría. Pero sabía que aparecería. Ella le traería la espada que tanto buscaba. Una espada digna tan sólo de los Reyes de antaño... Y él, como ellos, la merecía, por legítimo derecho. El valiente guerrero alargó una mano que se empapó de inmediato con las gotas cayendo y resbalando. Después, se tocó la cara para humedecerse. Tenía hasta calor... Sus cabellos caían andrajosos por fuera de sus livianas ropas, que en una noche como esa no abrigaban lo más mínimo. Se iba a enfrentar a los fantasmas de un pasado tan remoto que ya ni le pertenecía a él ni a ninguno de los que moraban en el mundo. Pero ella seguía sin aparecer. Miró una vez más los nubarrones sobre su cabeza, y dio media vuelta abriendo la puerta de la taberna a su espalda. Al entrar, el cálido ambiente le chocó de pronto en la cara. Una escena ya conocida de la que había huido unos escasos segundos y a la que de nuevo se tenía que enfrentar. Sus compañeros, y ya amigos después del largo recorrer, lo miraban esperando alguna respuesta desde una mesa al fondo. Alguno de ellos ya comenzaba a tener esa mirada que tienen los borrachos, que más que mirarle a él, lo buscaba entre la complejidad de la escena. Unos hombres más bebían callados y sin prestarle atención, en otra mesa más cercana. En la barra, una mujer bonita limpiaba una tremenda vasija donde habría estado cocinando para todos ellos. Al fondo, un hombrecillo, muy bajito y flacucho, no más de metro y medio, tocaba unas suaves notas en un viejo violín cuyas cuerdas chirriaban más que sonaban. A pesar de ello, la

cancioncilla era bonita, lenta y triste. El joven príncipe negó con la cabeza dirigiéndose a sus amigos, allá al fondo. Ella seguía sin aparecer.

Fue un movimiento de cabeza disimulado, casi incluso sin mirarlos. Él sabía que estaban allí, y ellos sabían que él estaba allí. Y aunque aun no había motivo aparente de disimulo, los siete hombres seguían con el plan que habían trazado antes de su llegada a la taberna. Así que él anduvo hasta su mesa, apartada de las demás, en solitario, y sorbió el último trago del guiso, ya frío aunque aun sabroso.

Al dejar el cuenco sobre la mesa, levantó la mirada y se encontró con sus ojos. Había mirado como de casualidad a la ventana, donde asomaba a través del empañado cristal el rostro de una joven mujer. Una preciosa chica que había, simplemente, aparecido allá afuera. Su imagen, sin saber bien por qué, le causó tal escalofrío que todo su vello se erizó, y hasta el cuenco se resbaló de sus dedos, cayendo sobre la mesa con un sonoro ruido, sin romperse. Estaba como idiotizado, no podía dejar de mirarla. En su rostro había algo enigmático, cuyos ojos tampoco dejaban de mirarlo a él. Ella sonrió, y aunque fue una sonrisa macabra, se trataba de una invitación que secundó con la mano. “Ven, ven...” decían sus dedos desde el otro lado del cristal empañado y sucio, desde la noche tormentosa.

El caballero se levantó sin llegar a saber si sus piernas respondían a sus órdenes o a los de la hermosa muchacha de la ventana, pero en cualquier caso, se dejó llevar, dirigiéndose a la puerta de nuevo.

Una vez fuera, la lluvia caía incluso más pesada que antes. A pesar de ello, la chica no estaba prácticamente mojada. ¿De dónde habría salido? ¿Cómo habría venido para no mojarse?

Era muy bonita, con el pelo rizado y largo cayéndole tras la espalda y una extraña sonrisa en sus gruesos labios, exquisitos. Oggiv, de inmediato, al darse cuenta que había quedado encandilado por la magia que la muchacha desprendía, cambió su mirada y la fijó de nuevo en sus ojos. Unos ojos que o atraían, en los que se bañaba inmerso en alguna profundidad prohibida y peligrosa, y ella lo sabía. Llevaba una blusa blanca y una falda blanca y raída. Estaban ahí fuera, con la puerta entreabierta, muy cerca el uno del otro. Él aspiró su aroma, que mezclado con el de la lluvia incesante, formaba una fragancia gratificante...

- Hola hermosa doncella...- Dijo él firme, aunque sin saber como terminar la frase.

- Hola joven príncipe.- Respondió ella, segura, sonriendo, sin apartar la mirada un solo segundo.

- ¿Cómo sabéis...?- Él calló, pues ya sabía la respuesta. Miró de soslayo a sus amigos, que lo observaban expectantes, hasta los que antes miraban ebrios ahora los observaban atentos.- ¿Sois...?

- Sí. Soy yo. Llevo tantísimo tiempo esperándote... Éste es el día más feliz de mi vida.- Su sonrisa se acentuó, si es que ello era posible.- Por fin has llegado...- Y entonces corrió su silla acercándose a él.- Sé que no debo,- Bajó el tono de su voz hasta un leve susurro.- pero deseo

saltar sobre ti ahora mismo, estrecharte en mis brazos, lo necesito... La espera ha sido dura, eterna.

- Aguarda. Vuestro nombre es...

Su sonrisa se apagó, hundiéndose tan profundo que hasta él dudó si podría volver a flote, volver a surgir.

- ¿No recuerdas mi nombre?- Calló, apartando la mirada, apenada, a punto de comenzar a llorar.

- Sí, Kelpie. Tu nombre es Kelpie. ¿Cómo podría olvidarlo?- Mintió él más por consolarla que por conseguirla. Entonces ella volvió a sonreír, afirmando. Qué sonrisa tan bonita...- Kelpie, yo también venía buscándote... Mucho he recorrido para encontrarte.

Ella, al escucharlo, se lanzó ya sin dudar hasta él, sentándose a horcajadas sobre sus piernas, y lo abrazó tan fuerte que él sintió sus huesos chirriar un segundo. Ella comenzó a darle besos, en la mejilla primero, subió por la nariz hasta la frente, y siguió por el pelo. Él, sin saber qué hacer, la abrazaba también, pero más por compromiso galán que en respuesta a su ofrecimiento.

Todos en la taberna los miraban.

- Larguémonos de aquí. Marchémonos para ya jamás regresar. Estoy tan cansada de esta taberna y de esta espera... Te he añorado tanto...

Y sin esperar respuesta alguna, la bonita chica le tomó de la mano, y lo arrastró hacia la entrada. Él no se resistió, lanzándole un última mirada cómplice a sus amigos. Éstos los observaron marcharse de la taberna, y justo cuando se cerró la puerta, apagando el ruido de la lluvia donde los dos jóvenes se habían perdido, se levantaron dispuestos a seguirles.

- Sin interrumpir, chicos...- Dijo Phillip con su risita en la cara.

Seis ruidos de seis sillas, pasos acelerados, de nuevo la puerta de la taberna abierta a la lluvia y... Nadie.

Oggiv y Kelpie habían desaparecido de esa noche tormentosa.

Ella lo llevaba del brazo cariñosamente bajo la lluvia, de la que poco les resguardaban los árboles. Si el bosque era siniestro, pensaba el joven príncipe, con esos árboles de ramas retorcidas y musgo colgante, como sangre verde, ahora, bajo la lluvia y con aquella muchacha supuestamente muerta dos siglos atrás, cogida del brazo, sintiéndola agarrarlo, era mucho peor. Pero él aguantaba el talante, con la hermosa Kelpie del brazo. Ella no dejó de hablar en todo el camino, sin dejarle a él articular palabra... Llevaba tanto tiempo esperando, tanto lo había echado de menos. Tanto lo amaba... ¿De verdad pensaba que él era Belean? ¿Se daría cuenta en el último momento y lo mataría, como a tantos otros de los que no se había vuelto a saber? Era impensable que estuvieran ahí los dos. La sentía tan cerca, tomándolo, llevándolo. Era de carne y hueso. Mientras ella hablaba, él la observaba en la oscuridad. Estaba empapada, chorreando, y eso la hacía aun más preciosa. Ojos marrones, sonrisa hermosa y hoyuelos. Una melena rizada cuyos tirabuzones, mojados, giraban aun más en su espalda, o por su frente cayendo sensuales.

- Cómo me alegro de que estés aquí...- Se habían detenido. Se miraban aunque a penas se veían. Al menos él

a ella... Sintió que se acercaba, y lo besaba. Sus labios se juntaron y él se estremeció. ¡Estaba besando a una chica muerta hacía doscientos años! Aquello era subrealista. Ella lo abrazó, y estuviese ahí o no, estuviesen los dos o no, él la sintió bien cerca. Ya no sentían la lluvia, que se había colado por todas partes, y sus ropas chorreaban. Él también la abrazo. Qué beso... Qué labios...

Se separó ella, y la encontró sonriendo.

- Eres tú. Sé que eres tú.- Y continuó caminando.

Él no dijo nada. Se limitó a seguirla por aquel minúsculo sendero.

¿Le estarían siguiendo los suyos? ¿Estaba solo con ella en aquel tenebroso bosque retorcido?

El caballero se impacientaba. ¿A dónde lo estaría llevando? Llevaban ya un rato andando y no sabía en qué iba a acabar todo aquello. Se detuvo.

- Kelpie.

Ella lo miró preguntándose qué pasaba.

- Sé que me esperabas desde largo tiempo. Yo también te busco desde hace tiempo. Perdóname. Perdóname por haberme marchado como hice... Pero me urgía la marcha.

- Lo sé. No temas. Ahora que has vuelto, nada importa. Sólo tú y yo.- Sonrió otra vez.- Continuemos, casi hemos llegado.

Y de nuevo, sin esperar respuesta, lo arrastró del brazo. Continuaron un poco más, hasta que ella se detuvo en un claro en cuyo centro había una pequeña roca. La lluvia amainaba y ahora sólo caían unas gotas molestas, pero aun sobre sus cabezas estaban esos nubarrones

negros. Un césped salvaje crecía, ahora empapado, por todo el claro, y ella enseguida se tumbó cerca de aquella roca, casi apoyándose en ella.

- Ven aquí conmigo.- Le dijo.

- Kelpie...- Dijo sentándose, pero ella se lanzó sobre él, besándolo de nuevo, a lo que él no pudo resistirse. De nuevo un beso increíble.

- Kelpie.- Hasta que el caballero logró separarse.- Necesito algo de ti.

- ¿Qué es lo que quieres?

¿Cómo decírselo todo?

- Necesito que hablemos de lo que pasó... Sé que fue hace mucho... No sé si lo recuerdas bien...

- ¿Si lo recuerdo? Créeme, no he dejado de pensar en ello. Ha pasado tanto tiempo... Dime, ¿por qué te marchaste?

- Bueno... Debía hacerlo. Todo donde yo vivo corría peligro, y debía regresar.

Ella bajó la cabeza...

- Te he odiado tanto... Pero te he añorado tanto...- Dijo sin mirarlo.

- Lo imagino, y lo siento...

Hubo un tenso silencio, hasta que ella habló.

- Cuando me desperté la mañana siguiente y vi que no estabas... Te habías marchado. Creía que nunca lo harías. Fue una noche tan especial...- Seguía mirando hacia abajo.- Los primeros días fueron terribles. Pensé que volverías. Pero no.- Él fue a decir algo, pero... ¿el qué? Y permaneció callado.- Y después toda una vida... Te odié. Te odié tantísimo... Lo admito, a nadie odié

tanto. Pero tenía tanta ansia por verte, que antes, ahí sentado, te lo perdoné todo.

Ahora ya se miraban. Ella volvía a sonreír.

- Lo siento, pero he vuelto porque...

- ¿Sabes que tuvimos una hija? - Le interrumpió, y claro, ante lo revelado, él calló.- Su nombre fue Balana... Qué pena que no la conocieras.

Él dudó. Parecía que ella supiera que había muerto, que todo de lo que hablaban había sucedido tantísimo tiempo atrás.

- Sí. Lo sabía.- Dijo él.- De ella quería hablar.

- ¿Lo sabías? ¿Cómo puede ser?

- Lo supe hace poco. Supe en realidad de la hija que ella tuvo.

- ¿Sí? ¿Conociste a Liss? Qué buena chica... ¿Verdad?

- Sí... Ella... Vino hasta At-Lanthes para encontrarme. Allí...- ¿Cómo decirlo?- Allí ella tomo mi espada.- Ella lo miraba atenta.- Creo que te la entregó... Quería saber si pudiera recuperarla.

Ella no contestó de inmediato, sino que se le quedó mirando su propia espada enfundada.

- Pero si la llevas ahí. Era esa. Qué bonita, siempre me gustó... Y nunca la olvidé.

- No, ésta no es. Nuestra nieta...- Esto lo dijo sin estar seguro, casi le tembló la voz, pero ella no pareció darse cuenta.- Ella tomó la mía, en At-Lanthes, y te la trajo. Era idéntica a esta.

Ella le miró como si supiera todo lo que estaba pensando. En su bonita mirada se dibujó una mueca

irónica, que él interpreto como un... “Ni lo sueñes”, pero fue tan fugaz, que al instante su expresión cambió, y sus palabras divagaron un poco más.

- Qué bonito habría sido todo si te hubieras quedado junto a mí...- De nuevo miraba a la hierba empapada.- Y has tenido que volver ahora, cuando llevo tanto tiempo esperándote que estoy vieja y arrugada...

Él la miró olvidándose por un momento de lo que le había preguntado y de lo que ella se había evadido. Era tan bonita, gozaba de plena juventud, y su piel no sólo era tersa y oscura, sino que se mostraba irresistible.

- No... Eres muy hermosa.- Le dijo.

Ella volvió a mirarle con renovada sonrisa, mostrando unos dientes blancos.

- Siempre fuiste un galán... Veo que el tiempo no hizo estragos en ti.- Y ambos quedaron callados unos minutos.

- ¿Recuerdas bien aquella noche?- Terminó diciendo él.

- Créeme. Nunca dejé de pensar en ella...

- Pues dime, ¿cómo fue?

- Fue... Increíble...- Llevó una mano mientras lo decía a la hierba, y la acarició suavemente.- La mejor noche de mi vida. Me enamoré de ti, y ya nunca más te pude olvidar.

- ¿Recuerdas de lo que hablamos?

Ella entonces soltó una gran carcajada, y la mano con que había estado acariciando la hierba ahora le ocultó esos labios de sueño. Asintió.

- No creas que hablamos mucho...- Y volvió a reír enérgica.

Él la acompañó en esa risa.- Sí, lo sé. No sólo hablamos... Pero querría saber qué cosas te dije.

Ella dejó de reír.- Me dijiste cosas muy bonitas. Siempre me pregunté si fueron mentira, por la fuerza del momento. O si de verdad sentías lo que dijiste.

- Aquel momento fue muy importante para mí también,- Mintió Oggiv.- ¿pero dime, qué te dije? Hablamos de cosas importantes aquella noche...

- Sí. Entre tus galanterías me revelaste tu secreto. ¿Ya no te acuerdas?- Lo dijo como si tal cosa. Como si no comprendiera la importancia que aquello tenía. Una galantería más, tal vez...- Pero descuida, conmigo aun lo guardo y a nadie le conté. Te lo prometí...

Él sentía su pecho estallar. Su pulso se había ido acelerando, pero con sus últimas palabras estaba al borde del ataque.

- Sí. Gracias por cumplir tu promesa... Sabía que lo harías.- De nuevo mintió.- Pero dime, cuéntame el secreto como yo te lo conté en su día, en aquella noche mágica

- Noche mágica...- Repitió ella. Él temió que de nuevo comenzara a divagar.- Lo que me contaste... Lo que nadie más por mí debería saber. Tu secreto...

Al haber callado, él asintió, casi histérico, disimulando.

- Me contaste dónde estaba la Roca. Dónde había terminado la guerra. Dónde te habías convertido en un héroe. En mí héroe.

Por fin él sonrió. Continuaba asintiendo.

- ¿Dónde?

- ¿Quieres que te cuente algo que ya sabes, algo que tú me contaste?

- Sí.

- Nuestro secreto... Dime, ¿se lo contaste a alguien más, después?

- No. Nunca. A nadie.

Ella, aunque lo miraba incrédula, sonrió, y, para sorpresa de él, se acercó a besarle. Él, aunque en realidad lo había estado deseando todo el tiempo, no era eso lo que esperaba, pero aun así le complació besándola.

De nuevo, qué beso...

Al apartarse, ella se acercó a su oído, y le susurró unas palabras. Su susurro produjo en el caballero tal escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Nadie más lo escuchó, y así debió ser.

El secreto del héroe Belean.

Ella se apartó y se quedaron mirando. Ella sonreía, tranquila, sin saber lo que acababa de hacer. Él la miraba serio, asimilando lo que le había dicho. Todo cambiaría desde entonces.

Volvieron a fundirse en un bonito beso, aunque él ya no pensaba en ella. Cuando se separaron, ella habló.

- No volverás a marcharte, ¿verdad?

Entonces él despertó de la ensoñación. Estaba ahí, con ella, con Kelpie. Y ahora sabía donde tenía que ir. Sabía dónde estaba la Gran Roca.

Negó con la cabeza, sin saber muy bien por qué. Y ella volvió a mostrar su espléndida sonrisa. Se alegró

tanto, que lo abrazó con fuerza. Y ambos se tumbaron sobre la hierba que crecía sobre un duro suelo.

- No te separes nunca más de mí... Nunca.

Él hizo un ademán de levantarse, pero ella lo aferró fuerte en su abrazo, y permanecieron tumbados sobre la hierba empapada.- No, no te vayas...- Le dijo.

- No me iré...- Contestó.

Los dos quedaron ahí tumbados un rato. Ella quizás pensando erróneamente en que su héroe había vuelto, en que jamás se separarían, en lo bien que se encontraba, por fin... Y él en que ya sabía el secreto de Belean y Kelpie. Sobre sus cabezas, más allá del claro que formaban los árboles retorcidos del bosque, los nubarrones comenzaban a disiparse, y las estrellas a aparecer, brillando y bañándolo todo en su tono azulado. Y así, tumbados sobre el duro suelo, amortiguado por la hierba mojada, que desprendía ese fresco aroma del bosque tras la tormenta, los dos se quedaron dormidos. Él no se dio ni cuenta, como si hubiese sido un hechizo el que le hubiese invadido y su conciencia se hubiese llevado, o ésta se hubiese marchado, huyendo. El caso es cuando se quiso dar cuenta, cuando los pensamientos regresaron, estaba ahí solo, en el claro, tumbado sobre esa hierba. Sobre su cabeza miles de estrellas lucían hermosas, y todo había parecido un sueño.

Y ella no estaba.

Se enderezó, y vio el bosque rodeándolo. Ni siquiera estaba el sendero por donde habían llegado. ¿Cómo iba a volver?

Entonces calló en la cuenta. La espada. No había recuperado la espada de Belean.

Y ella ya no estaba.

Entonces se puso de pie. ¿Cómo se podía haber quedado dormido? No lo comprendía. Miró alrededor, entre la espesa y retorcida maleza. Sobre su cabeza, las incontables estrellas, y bajo sus pies, la hierba empapada.

¿Y ahora?

Quedó quieto, pensado si volver o gritar una maldición. De nuevo miró a todos lados, pero esta vez se fijó en aquella pequeña roca que había en el centro del claro, junto a la que se había recostado con Kelpie... ¡Ponía algo! Se agachó y quitó con la mano los hierbajos que durante varios cientos de años habían crecido, y leyó para sí.

Aquí yace Kelpie, Dama del Amanecer.

1265 - 1337

Cautiva en vida, presa de un amor.

Que siempre more en aquella esperanza.

No podía creerlo... Era una lápida.

La lápida de Kelpie... ¿Estaba sucediendo todo aquello en realidad?

De inmediato, sin dudar que era la única opción, comenzó a escarbar la dura tierra. Primero con sus uñas, y después con su propia espada. La hermosa Siglaia, la Trilliza, brilló bajo el azulado resplandor de las estrellas sobre su cabeza, que observan. El esfuerzo era terrible, no lograría nada, cuando de pronto... Tocó algo aun más duro.

Era una superficie plana, y no estaba profunda. Con renovado ímpetu, escarbó todo alrededor, extrayendo la tierra sobre lo que debía ser la losa de la tumba. Aquel momento se eternizó tanto que cuando terminó, el sudor del caballero caía por su rostro colérico.

Pero y ahora, ¿cómo abrirlo? Acarició los bordes de la pesada losa hasta trazar el recorrido de la junta, y delimitó dónde sería un buen lugar para hacer palanca. Miró a su alrededor, todo un bosque le prestaba sus retorcidas ramas para intentarlo. Halló una robusta, y con su espléndida espada, la cortó de una sola estocada. Entonces enfundó a Siglaia, esperando encontrar a su gemela en el interior de aquel sarcófago. Se acercó decidido con la rama de árbol, y la encajó en la junta de la losa para hacer palanca. De nuevo otro terrible esfuerzo, pero este menor, pues pronto se abrió.

Una nube de polvo surgió de dentro como un mal presagio. El caballero miró a su alrededor, esperando ser sorprendido y apresado por allanador de tumbas... Pero nadie había, estaba en mitad de un bosque desconocido, en plena noche, sobre la tumba de la amante de un antepasado suyo... El Rey Belean. Nadie podría encontrarle.

Se agachó escrutando el interior del sarcófago, y sí. Había un cuerpo. Estaba cubierto por un sudario asqueroso, y todo por completo cubierto de telarañas. Aquello llevaba cerrado casi doscientos años...

El caballero retiró el sudario, y al llevar consigo todas aquellas telarañas, y al descubrir el cuerpo, sintió un

escalofrío, tras lo cual, todo su cuerpo se estremeció. Era un esqueleto.

La idea de haber estado con aquella chica hacía tan sólo unos momentos no podía escapar de su cabeza. Todo aquello era completamente surrealista. Si estaba ahí Kelpie, su cuerpo, ¡su esqueleto! ¿Cómo podía haber estado conversando con ella? ¿Cómo había podido besarla?

Entre la confusión, el miedo y los temblores, algo dentro se encendió. Junto al cadáver había una vaina, y enfundada, una de las Trillizas.

La tomó sin dudar, olvidando el cuerpo, el fantasma y todo lo demás. Y la desenfundó sobre su cabeza. Era Alaia, la Trilliza. La tenía en sus manos, y a pesar del tiempo transcurrido, ahí oculta en la tumba de Kelpie, no había perdido su brillo. Por fin. La otra de las Espadas Gemelas del Rey Reconquistador de Himn. El trono le pertenecía.

Fue un instante fugaz. La sonrisa se le borró de inmediato y su mano empuñando la hermosa espada cayó, y la afilada punta de ésta se clavó en el suelo.

Él era el heredero de Himn que tenía las dos espadas, merecía el trono, pero ahora debía liberarse de la carga que llevaba dentro. Era uno de los Caballeros Elegidos de Golöel, y debía ir hasta lo Gran Roca, y fundir las espadas para liberar el Demonio Resentido.

No le quedaba más remedio.

Con la mano libre, la siniestra, desenfundó a Siglaia. Y con la diestra elevó a Alaia. Ambas espadas relucieron bajo la luz de las estrellas en aquella oscura

noche. Él las miró detenidamente por largo rato, sin comprender el precio que había pagado, o que terminaría pagando, por haberlas encontrado. Ya no podría regresar con ellas a Himn para proclamarse Rey.

Pero aun quedaba una alternativa.

Encontrar a su hermano y matarlo. Con las dos espadas no tendría problema. Él sería el único heredero en regresar a Himn.

Sería Rey.

Estaba el Príncipe Oggiv rumiando todo aquello cuando escuchó un sonido más allá de los árboles que lo rodeaban en aquel claro sin sendero de llegada. Había sido el quebrar de una rama, y su consecuente caída al suelo. Un ruido seco, pero bien sonoro.

¿Qué hacer?

Sin olvidándose de tumba, cadáver y fantasma, colocó de nuevo la losa cerrando el sarcófago, dejando a Kelpie en el interior, quien sabe por cuánto tiempo más hasta volver a ser descubierta... Y corrió a ocultarse entre los árboles, al otro lado de donde el ruido venía, y que crecía por momentos.

Alguien se acercaba, seguro.

Pasó un rato hasta que los causantes aparecieron. Primero fue en la forma de la antorcha con que iluminaban su camino. Después ya fueron ellos mismos los que, sin cuidado alguno, avanzaban sin temor bosque a través. En el claro irrumpieron sus compañeros, sus amigos, los cuales se preguntaron cómo habían logrado dar con él. Llegaron al claro y vieron primero la tumba, pues

todo el suelo estaba escarbado, junto a la lápida, donde descubrieron que se trataba del yacimiento de Kelpie. Quedaron asombrados. Hasta que por detrás suyo, apareció el Príncipe Oggiv, con Alaia y Siglaia en cada puño, mostrándoselas orgulloso, aunque terriblemente apenado...

Ellos lo comprendieron de inmediato. Éste les explicó todo lo ocurrido, y ellos le dijeron que estaba a punto de amanecer, ¡que había pasado toda la noche fuera! Después de todo lo que había pasado, él no se extrañó lo más mínimo.

Jamás olvidaría aquella noche surrealista. Jamás olvidaría aquella muchacha y a sus besos, y siempre se preguntaría si no hubiese sido una mala broma de alguien sin escrúpulos. Jamás olvidaría la visión del cadáver. Y jamás olvidaría la sensación, que poco más le duraría, de alzar en sus manos a las dos espadas. A Siglaia y a Alaia, dos de las Trillizas.

Ahora, los Caballeros Elegidos de Golöel debían partir en busca de la tercera de las Trillizas, y después, hacia la Gran Roca, el lugar donde el espíritu de Kelpie le había dicho a Oggiv que estaba preso Golöel, el Demonio Resentido...

FIN

Epilogo a Kelpie, la Dama del Amanecer

*"Si es verdad que hay algo más,
yo te esperaré.
Necesito descansar,
tu amor me llevaré."*

El joven héroe se levantó de su cama mientras la bonita chica aun dormía. La miró desde allí de pie, desnudo, durante un rato. Esa noche que ya terminaba había sido increíble, ya jamás la olvidaría, lo sabía. Despacio, cogió su ropa al pie de la cama, donde la había dejado ella, despreocupada, y comenzó a ponérsela. Dejó el cinto para el final, donde llevaba colgada a Alaia, la Trilliza, tras abrochárselo, la desenfundó parcialmente. Qué hoja tan hermosa...

Volvió a mirar a la chica, preciosa medio tapada con la sábana, su larga melena, oscura y rizada, caía sobre el pequeño almohadón. No podría olvidarla, y lo sabía, pero debía partir. Allí, a tanta distancia, aun le esperaban los suyos añorados, que le precisaban. Se dio la vuelta en la oscuridad de la habitación y anduvo hasta la puerta. Al abrirla entró la luz, como advirtiéndolo la presencia del nuevo día, el primero después de todo lo sucedido, donde

volvía a comenzar todo. Antes de cerrarla la miró por última vez en la cama. Dios...

Se marchó recorriendo el pasillo deprisa, obligándose a no regresar. Bajó las escaleras, cruzó la taberna, donde algunos aun se despertaban, y salió afuera. A pesar de todo lo que había podido llover durante la batalla del día anterior, ese nuevo amanecer a la esperanza lucía soleado, radiante...

La Dama del Amanecer (Kelpie)

Mägo de Oz

Oigan la historia que les cuento,
por testigo pongo al tiempo, que así ocurrió:
el dios de la lluvia gemía y lloraba
y, por séquito, la niebla le acompañó.

Segundos antes de medianoche,
en la hora en que las brujas toman el té
donde el horizonte del bosque se esconde,
en un claro, un posada a lo lejos se ve.

Su nombre era Kelpie,
la dama del amanecer,
en la noche de los difuntos
se la puede ver.
Tu alma quiere poseer.

Dicen que vivió
atormentada
que su príncipe era
de los de prometer al meter
y una vez yacido olvidar lo prometido
y los nueve meses ni el pelo se dejó ver.

Su nombre era Kelpie,
la dama del amanecer,
en la noche de los difuntos
se la puede ver.
Tu alma quiere poseer.

Por conocer varón fue condenada,
enterrada en vida entre muros, Kelpie murió,
y desde aquel día su alma te guía
hacia la posada donde le conoció.

No beses su boca
si a medianoche tú la ves,
pues si acaricias esos labios
siempre morirás de pic
entre los muros, ya hay ciento diez.

Su nombre era Kelpie,
la dama del amanecer,
en la noche de los difuntos
se la puede ver.
Tu alma quiere poseer.

Su nombre era Kelpie,
la dama del amanecer,
en la noche de los difuntos
se la puede ver.
Añora un amor tener.

Mägo de Oz

Posfacio

Los Caballeros Elegidos de Golöel reunieron las tres Trillizas y encontraron la Gran Roca, donde el Demonio

Resentido los esperaba, atado en su interior por una poderosa magia.

Allí sus Caballeros Elegidos fundieron las Trillizas, y Golöel fue liberado.

La Leyenda de Golöel se había cumplido.

Una vez desatado el demonio, les ofreció a los Caballeros Elegidos la oportunidad de regresar, él los liberaba de su demonio interior, serían libres.

Pero todos, salvo uno de ellos, decidieron permanecer a su lado, y liderar a sus huestes en la guerra.

Fue entonces cuando dio comienzo la Segunda de las Guerras de la Luna, que daría fin sólo cuando ésta fuera secuestrada, llevada por el Demonio Resentido a algún lugar oculto...

La historia de cada mundo se guarda para sí siempre acontecimientos que, aunque grandiosos, nunca deberían ser relatados.

Ahora y aquí, en este cuento, se narran algunos hechos que la historia de este mundo quiso ocultar, pero que nosotros sabemos.

Este es el secreto que yo os confío.

Guardadlo como el más valioso...

*“Deja entrar en tu alma una brisa
que avenge las dudas y alivie tu mal.
Que la pena se muera de risa,
cuando un sueño se muere
es porque se ha hecho real.”*



Para saber más sobre Mi Mundo, sobre la Leyenda de Golöel y las Guerras de la Luna, de lo acontecido y de lo que va aconteciendo, puedes consultar mi página web personal:

www.modt.net